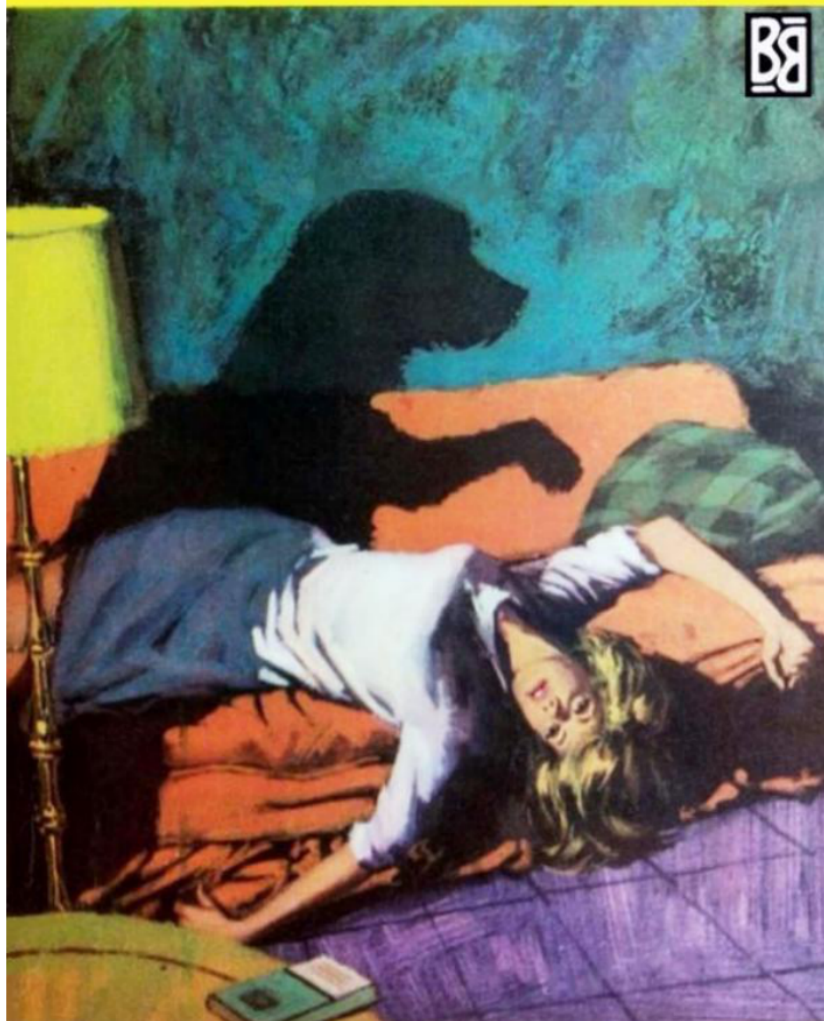


PUNTO
ROJO

antes de que mueras ...

keith luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

ANTES DE QUE MUERAS

Colección PUNTO ROJO n.º 330

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 23.752 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición en esta colección: agosto, 1968

© FRANCISCO BRUGUERA - 1964

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE**:

1.074 — Duelo entre gigantes.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

941 — Muera en Hong-Kong, es más barato.

En Colección **BUFALO**:

772 — Muerte de un poderoso.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:

638 — Amores con un forajido.

En Colección **KANSAS**:

531 — La ciudad de las almas perdidas.

En Colección **BRAVO OESTE**:

392 — No hay perdón para los traidores.

En Colección **PUNTO ROJO**:

327 — La fiesta del terror.

En Colección **CALIFORNIA**:

620 — Un sepulturero bufón.

En Colección **ASES DEL OESTE**:

484 — No vivirán para contarlo.

En Colección **COLORADO**:

564 — Un lord muy poco aristócrata.

CAPÍTULO PRIMERO

Raymond Duc ya había terminado de preparar la mesa.

Se retiró unos pasos para observarla.

Uno de los candelabros no estaba simétrico con respecto al centro de la mesa, pero con un toquecito quedó listo.

Sí, aquella cena resultaría. Tenía que resultar. La señora Dupont, que había contratado como cocinera para aquella noche, apareció con una olla exprés.

—Eh, ¿qué le parece esto, señor Duc?

Raymond olfateó el aroma de la olla.

—Delicioso, señora Dupont —sonrió pegándole una palmada en la cadera—. Es usted única.

—Con esto terminé su menú.

—Oh, muchas gracias, ya puede marcharse.

—Llegaré con retraso al restaurante... No comprendo todavía cómo mi marido consintió este préstamo.

—Hoy cenará usted, señor Duc, pero ¿y nuestros clientes?

—Señora Dupont, su marido es tan buen cocinero como usted.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿Emile? Oh, claro, pero óigame, todos los hombres son unos embusteros, y eso le incluye a usted, señor Duc.

—¿Yo? Jamás digo una mentira.

—Me dijo que traía a cenar a su tío. ¿Piensa que he creído eso?

Raymond pasó por detrás de la señora Dupont y le quitó el delantal mientras silbaba una canción de moda. Era la mejor respuesta a la señora Dupont. Luego sacó un fajo de billetes del bolsillo y lo puso en la mano de la cocinera.

—¿Sabe lo que le digo, señor Duc? No volveré a su casa para prepararle ninguna cena.

—Vamos, señora Dupont, no diga eso...

—Usted es un pillo de siete suelas, señor Duc. En lo que va de

año, he venido veintitrés veces a su casa para prepararle veintitrés cenas... Y siempre me dijo que tenía un miembro de su familia como invitado. Nunca conocí nadie con una familia tan numerosa.

—Culpe de eso al abuelo. Tuvo diecisiete hijos.

—No espere que crea tampoco eso, señor Duc... No la espere.

Se puso su sombrero, un casquete con una margarita, tomó su bolso de una silla y se dirigió a paso de carga hacia la puerta, pero antes de salir se volvió.

—¿Sabe lo que debería hacer, señor Duc? ¡Casarse!

—Sí, señora Dupont, ¿qué le he hecho yo a usted?

La señora Dupont quiso decir algo, pero se le atropellaron las palabras en la boca. Finalmente, salió del apartamento pegando un fuerte portazo.

Raymond se echó a reír. La señora Dupont era muy simpática, aunque tuviese un genio de mil diablos.

Consultó su reloj.

Debía darse prisa. Sólo faltaban quince minutos para que llegase la pelirroja.

Encendió los candelabros y apagó la lámpara central.

La luz roja, suave, era la adecuada para un escenario romántico, y en el momento adecuado también desaparecería la luz roja y la habitación quedaría como la tinta del calamar, y eso sería más romántico todavía.

Tenía que cambiarse de camisa y de pantalones.

Corrió a su dormitorio y en ese momento sonó el timbre de la puerta.

Se detuvo con un pie en el aire.

Diablos, la pelirroja se había adelantado.

Tenía que abrir la puerta, no fuese a pensar que él no estaba en casa.

Respiró profundamente y cruzó la habitación.

Titubeó si encender la lámpara central, pero desistió porque quería impresionar a su visitante.

Abrió la puerta, y en el corredor no vio a la pelirroja, sino a la secretaria de su jefe, Monique Duval.

—Buenas noches —dijo Monique y se metió en el apartamento.

Raymond tardó unos segundos en reaccionar.

—Monique, qué sorpresa...

La tomó por el brazo y la hizo girar para que no viese la mesa preparada.

—Ya veo que has montado la trampa, Raymond.

—¿Trampa...?

—Todo está dispuesto para cobrar la pieza. Sólo te falta el rifle con lente telescópica. De ésa, forma no fallarás... Bueno, ¿por qué digo eso? Claro que debes haber pensado en todos los detalles.

—Eh, Monique, no sé de qué estás hablando.

—¿De veras que no?

Raymond sonrió, pero lo hizo con mucha desgana.

—Querida, esto forma parte de mi trabajo.

—¿Sí?

—Voy a comer con un agente ruso. Pienso sacarle una información que, cuando la sepa el viejo, se va a caer de espaldas.

—Un agente ruso femenino, ¿eh?

—Sí... ¿Cómo lo has adivinado?

—Tengo una buena opinión de ti todavía, Ray, y no creo que estuvieses dispuesto a comer en tu apartamento con un agente varón a la luz de candelabros rojos.

—Oh, sí, candelabros rojos... ¿Sabes que es lo mejor para conseguir hacer cantar a las personas?

—Cantar y bailar.

—Sí, querida... Hay que ser muy astuto... Ya sabes cómo son los espías rusos: listos como el demonio... Pero Francia tiene en nosotros unos buenos defensores, responsables, competentes.

—Y atrevidos.

—Eso es, atrevidos... Nos jugamos la piel hora a hora, día a día...

—Y tú te la vas a jugar aquí...

—Sí, señor, iba a arriesgarme a poner toda la carne en el asador...

—Voy a darte una buena noticia, Raymond —hizo una pausa—. No vas a correr ningún riesgo, no tendrás necesidad de ser atrevido. Seguirás conservando la vida. Tu espía ruso no viene.

—¿Eh?

—Yo me ocupé hace un rato de cancelar la visita.

—¿Tú has hecho eso?

—Sí, querido, no podía consentir que arriesgases tu vida con una

espía rusa tan peligrosa: 26 años, 1'68 de talla, cuyas otras medidas son 93, 58, 87...

Raymond cerró los ojos y los volvió a abrir.

—No, Monique, di que estás bromeando, dime que ella vendrá, que tú no lo has impedido, que todo es una broma...

—No es una broma, Raymond. Ella no vendrá.

Raymond levantó las manos como dos zarpas.

—¡Te voy a estrangular, Monique! ¡Espero que hayas hecho testamento!

La joven empezó a retroceder.

—Eh, cálmate, Ray.

—Claro que me calmaré. Y va a ser muy pronto, cuando te haya convertido en un fiambre.

Se lanzó sobre Monique.

Ella corrió alrededor de la mesa, golpeó contra una de las patas y uno de los candelabros se vino abajo.

Ray estuvo a punto de alcanzarla y ella tiró del mantel.

Los platos y las copas cayeron y algunos se hicieron añicos.

—Serénate, Ray, no sabes lo que haces...

—Claro que sé lo que voy a hacer... Has impedido que yo cenase esta noche con la mujer más atractiva, más seductora, más maravillosa que he conocido en mi vida...

—Lo mismo dijiste de otras treinta antes... Recuerda Ray, que todas las mujeres somos de carne y hueso y que al final nos convertimos en gusanos.

—A ti te voy a convertir yo ahora en gusano.

Monique quiso huir hacia la puerta, Ray tropezó contra una silla y cayó al suelo, pero logró atrapar por el tobillo a Monique, que también rodó dando un grito.

—Ahora vas a saber quién soy yo.

Se le echó encima y la tomó por el cuello.

—Ray, me limité a obedecer órdenes del viejo.

—¡Oh, no! No lo creeré jamás. Fuiste tú...

—El viejo te necesita y yo le dije que tú tenías una cita con una mujer y que quizás se te ocurriría una excusa para no ir a la oficina... Por casualidad escuché tu conversación con la rojiza cuando esta mañana la invitaste a cenar aquí.

—Conque lo oíste por casualidad, ¿eh, traidora?... ¡Confiesa que

escuchaste intencionadamente por la línea extensible!

—Ray, el viejo te necesita para un asunto urgente. No querrás presentarte ante él con las manos manchadas de sangre de la pobre Monique, que sólo se ha limitado a cumplir con su deber... ¿Qué sería del Deuxième Bureau sin nosotros dos...?

—Jura que eso es cierto, que el viejo me necesita.

—¡Lo juro!

—Mujer perversa, mujer traidora... Sé cuál es tu plan. Saldremos de esta casa y cuando vayamos hacia la oficina, me dirás que te perdone, que me vas a hacer una confesión, y luego agregarás que todo fue cosa tuya, que es una pena que malgaste mis energías con el champaña y con otras cosas...

—Me importa un rábano lo que tú hagas con tus energías, Raymond Duc. Es Francia quien me importa.

—Cuando quiera escuchar al general De Gaulle, sintonizaré mi radio convenientemente. No me gusta oír refritos.

—No te he engañado, Raymond. El viejo quiere que estés allí a las nueve en punto y ya sólo faltan catorce minutos.

Raymond se apartó de Monique.

—Eh, ¿no me ayudas, Ray?

—Puedes levantarte sola.

—Me torciste un tobillo... ¡Oh, no puedo!

—Sujétate a la pared, a una silla, a la mesa, a lo que quieras, pero no quiero tocarte otra vez. —Se palmeó las manos—. Evitaré todo contagio.

Monique se levantó cojeando.

—¿Quién dijo que en el Deuxième Bureau existe camaradería? Estoy segura de que si me vieses en manos de una pandilla de enemigos, te reirías y me darías la espalda.

—Te equivocas, haría algo más que eso. Les daría una propina para que te llevasen un poco más lejos.

Monique lloriqueó.

—Oh, jamás pude suponer que llegases a tanto. Eres cruel, despiadado... Casi un monstruo.

—Nena... Eso lo escuchaste en un vodevil.

—Pediré al jefe que me destine a otra sección —levantó la barbilla—. Tú y yo no podemos estar bajo el mismo techo, Raymond.

—No has dicho nada más hermoso desde que te nombraron secretaria del viejo. Y ahora ya puedes marcharte.

—He de ir contigo.

—¿Conmigo?

—El jefe me dijo que te llevase. Y agregó algo más —hizo una pausa solemne—. Vivo o muerto.

Raymond hizo rechinar los dientes y fue a su dormitorio.

Poco después regresó vestido, con la corbata puesta.

Monique se había sentado en un sillón y se daba masajes en el tobillo.

—Ray, casi no puedo andar.

—Salta a la pata coja.

—Al menos podías sacarme de aquí en brazos. Quizá en la calle me encuentre un poco mejor.

—Muy bien, señorita, la llevaré en brazos.

Monique se puso en pie soltando algo parecido a un gemido y levantó los brazos para que Raymond la pudiese atrapar.

Raymond cargó con ella bruscamente, como si fuese un paquete.

—Eh, Raymond, cuidado, me vas a quebrar un hueso...

—No tendré esa suerte.

Salió del apartamento llevando a Monique en volandas, pero no lo hacía con mucha delicadeza.

—Déjame en el suelo —exclamó Monique por el corredor.

—Todavía no hemos llegado a la calle.

La dejó en la acera y Monique estuvo a punto de caer.

Sin esperarla, Raymond fue a su auto y ella tuvo que correr.

—¡Eh, bruto, espera...!

Pero Raymond no la esperó y Monique tuvo que darse mucha prisa en colocarse en el coche antes de que éste saliese disparado.

—Tú no habrías tenido sitio en el siglo XVII. Entonces existían caballeros. Eres un ser vulgar, Raymond Duc.

—Ja —repuso Raymond.

—No sé qué pueden encontrar las mujeres en ti. Se deben de dar cita en tu apartamento todas las esquizofrénicas.

—Ja —contestó Raymond.

Monique continuó fustigando las maneras y los modales de Raymond, pero éste se encerró en un hermético mutismo.

Subieron en el ascensor hasta la oficina.

Monique ya cojeaba un poco menos.

—Te encuentras mejor, ¿verdad? —dijo Ray.

—Sólo empezaré a estarlo cuando te pierda de vista.

—Eso puede ocurrir pronto, quizá el viejo me quiera enviar a las islas del Pacífico. Nuestras instalaciones atómicas pueden correr peligro de sabotaje y en ese caso, quizá no me vuelvas a ver más porque yo saltaré con una bomba de hidrógeno.

—El patrón lo ha dicho muchas veces. Tienes Siete vidas como los gatos.

Era muy tarde y en la sección no quedaba nadie.

Entraron en la habitación donde trabajaba Monique. Al fondo estaba la pesada puerta que daba acceso al despacho del viejo.

—¿Está ahí dentro? —preguntó Ray.

—Me anunció por teléfono que estaría.

—Entonces, seguro que todavía está en su casa entretenido con su colección de sellos.

—¡Estoy aquí! —resonó la voz del viejo por el interfono—. ¡Deje ya de hablar y entre!

Raymond se inclinó sobre el interfono y le dio la llave.

—Eh, nena, ¿cuándo te vas a ocupar de tu aparatito para que él no oiga lo que se dice aquí?

—Debe tener un método especial para abrirlo desde el otro lado de su oficina. Para algo le sirve ser el jefe.

El viejo estaba sentado tras de su mesa.

Ray observó enseguida un detalle.

El patrón estaba fumando en pipa. Eso era desusado. Sólo fumaba en pipa cuando estaba de buen humor, tres o cuatro veces al año...

Soltó una maldición para sus adentros pensando que el viejo lo hubiese hecho llamar para anunciarle que había recibido una felicitación del ministro.

—Buenas noches, jefe. Creí oírle decir esta tarde que nos veríamos mañana en el gimnasio.

—Ha ocurrido algo imprevisto.

—¿Qué, jefe?

El viejo sacó algo de su carpeta, una carta.

—Se ha recibido esto hace apenas dos horas. Será mejor que lo lea, Ray.

Duc tomó la carta de manos del viejo. El sobre estaba dirigido al Deuxième Bureau-París. Extrajo un papel escrito cuyo contenido decía así:

«Señor: Un secreto militar de gran envergadura, el plan de la operación “Bizcochos con Chocolate”, va a caer en manos enemigas, pero todavía es tiempo de que ustedes deshagan la maquinación. Sólo tienen que hacer una cosa: capturar al mono. Espero haber rendido un servicio a mi patria».

La carta estaba firmada por Henri L. Bernard.

Raymond leyó la carta otra vez. Hizo una mueca y miró a su jefe.

—¿Dónde está lo otro, patrón? —Al mismo tiempo buscó en el sobre.

—No hay nada más.

—Jefe —dijo Raymond pensando que quizá el viejo se había vuelto loco—, ¿sólo me ha llamado por esto?

—Sí, Ray. Soy el jefe y se supone también que soy un hombre consiente de mis responsabilidades. Ray, hay que capturar a ese mono.

CAPÍTULO II

Raymond Duc miró atentamente al viejo.

—¿Quizá se fue al jardín y pescó una insolación?

El viejo pegó un puñetazo en la mesa.

—Ray, no le consiento burlas a mi costa.

Ray dedujo que estaba hablando en serio.

—Usted debe saber algo más de esto, ¿verdad, jefe?

—Sí, Ray, sé algo más... Cuando recibí esta carta y leí su contenido, me pasó exactamente lo mismo que a usted. Creí que sólo se trataba de una broma pesada de alguien, o de la carta escrita por un retrasado mental.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—No me interrumpa.

—No, señor.

—Cuando leí esa carta me dispuse a romperla y echarla en el cesto de los papeles. Pero de pronto sonó el teléfono. Era un general que requería mi presencia en el Ministerio del Ejército. Fui allí inmediatamente.

—¿Qué le dijo el general?

—Que han desaparecido los documentos relacionados con la operación «Bizcochos con Chocolate».

—¿Cuándo notaron la falta?

—Esta tarde. Pero esos documentos fueron depositados en el archivo hace diez días.

—¿Qué clase de documentos?

—Muy importantes, Raymond. Se trata de nuestra fuerza atómica de disuasión. Es un *dossier* que debía ser sometido dentro de cinco días al presidente de la República.

—¿Sospechan de alguien?

—No, de nadie. A ese archivo sólo tienen acceso el general y sus dos secretarios, dos coroneles cuyo patriotismo está fuera de toda

duda. Debo decirle otra cosa, Raymond; mientras estaba con el general llegó el ministro.

—Comprendo, por eso estaba de buen humor. El ministro le felicitó por nuestros trabajos anteriores.

—El ministro no se acordó de ningún trabajo anterior. Estaba fuera de sí y me dijo una cosa que le voy a repetir. Si fracasamos en la busca de esos documentos, todos los que estamos aquí saltaremos de la oficina, empezando por mí —sonrió con amargura—. Por eso estoy contento. Voy a tener la oportunidad de volver a mi Provenza natal, donde podré criar hermosas lechugas.

Ray miró a los ojos de su jefe, comprendió que lo que decía era tan falso como Judas. El patrón estaba orgulloso de su trabajo y el día que lo jubilasen, estaría muy cercana su muerte. Se lo imaginaba durante los primeros días de su retirada forzosa paseando por delante del edificio del Deuxième Bureau, dando de comer a las palomas, sentado en un banco, hasta que un día, un agente de la policía se acercaría para decirle que eran las doce de la noche y se debía ir a su casa, y el jefe se desplomaría porque habría muerto de un ataque al corazón.

Ahora el viejo, cansado ya de su comedia, arrojó la pipa en un enorme cenicero.

—No podemos fracasar.

Raymond continuaba con la carta en la mano.

—¿Sólo tenemos esta pista, jefe?

—Nada más. El matasellos es de Clichy. Mandé a dos de nuestros muchachos a Clichy en busca de ese Henri L. Bernard.

—¿Lo atraparon?

—Sí, está en el «saloncillo».

El viejo llamaba saloncillo al lugar donde encerraba a los detenidos que tenían que cantar.

—Cuarenta años, es carnicero de profesión, tiene su establecimiento en esa localidad, calle Juana de Arco 22, viudo. Luchó en la Resistencia donde hizo un trabajo arriesgado llevando mensajes de una a otra parte. Casi al término de la guerra fue herido en una pierna. Se afilió al partido socialista en el 45, pero lo abandonó en el 47. Sale con amigas de vez en cuando. Todos los años, en agosto, se toma quince días de vacaciones que pasa en un pueblecito cercano a Milán... Ah, y lo más importante; niega haber

escrito la carta.

—¿Lo ha visto usted ya?

—No, todavía no. Se encargaron de él Michael y Pierre. Vamos a echarle un vistazo.

Fueron al «saloncito».

Pierre y Michael estaban en camisa, las mangas arremangadas. Sólo había una luz, la que proyectaba una bombilla que pendía del techo.

Henri L. Bernard tenía el cabello deshecho y se sujetaba la cabeza con las manos.

Al oír entrar gente alzó la cara. Tenía la nariz ligeramente doblada hacia la izquierda, ojos saltones y boca pequeña, de labios finos.

Bastó una mirada al viejo para saber que sus subordinados no habían conseguido nada.

—¿Es usted el jefe de estos policías? —preguntó el detenido.

—Sí, soy yo.

—Todos se han vuelto locos. ¿También les ordenó que me detuviesen?

—Yo ordené que detuviesen a un Henri L. Bernard de Clichy, y sólo encontraron a uno. A ti.

—Soy inocente.

—¿De qué?

—De lo que sea.

—¿Sabes quiénes somos, Henri?

—Sí, uno de esos hombres me lo dijo. Agentes secretos.

—¿Qué opinas de «Bizcochos con Chocolate»?

—Me gustaban mucho de pequeño. Mi madre me traía a la cama una gran taza con chocolate bien espeso y media docena de bizcochitos pegados en el papel... Yo arrancaba uno y luego otro.

—¡Silencio! No se trata de esa clase de bizcochos.

Bernard se había quedado con la boca abierta.

—Pues, oiga... Eso es todo lo que sé.

—¿Qué me dices del mono?

Bernard abrió más sus ojos saltones.

—El mono, ¿eh? —De pronto dio un salto y echó a correr hacia la puerta—. ¡Socorro! ¡Me atrapó una pandilla de locos! ¡Sáquenme del manicomio!

Pierre y Michael lo cogieron a mitad de camino, pero siguió chillando.

Pierre le puso un cuchillo en el cuello.

—Deja de dar gritos o te rebano la nuez.

El detenido dejó de gritar.

—Guarda ese cuchillo, Pierre ordenó el viejo.

Pierre guardó el cuchillo.

—¿Me deja a mí, jefe? —intervine Raymond Duc.

—Es suyo todo entero, Ray —asintió el viejo. Se volvió hacia los muchachos—. Salgan conmigo, quiero decirles algo.

Ray quedó a solas con el detenido, que estaba junto a la pared, mirando la puerta que se había cerrado.

—Usted debe ser el verdugo, el tipo más duro de todos éstos, ¿verdad?

—Sí, eso dicen.

—No cantaré aunque me saque la piel a tiras.

—¿Por qué no, Henri?

—Por una sencilla razón. No sé nada. Ni siquiera por qué he sido detenido... Esos compañeros suyos se pusieron a preguntarme por una carta y luego llega su jefe y me pregunta por bizcochos con chocolate y un mono... Dígame, ¿qué significa todo esto?

Raymond le enseñó la carta.

—¿Has escrito esto? Anda, léela.

Henri leyó. Luego miró a Ray con ojos parpadeantes.

—Yo no he escrito esto nunca. No sé nada de plan de operaciones desde que terminó la guerra... Y por si le sirve de algo, odio a los monos. Además, ¿no ha pensado en algo importante? Si yo hubiese escrito esta carta, ¿cree que la habría firmado con mi nombre para que me trajese complicaciones?

—Quizá la escribió alguien que te conoce.

—No está mal pensado —admitió Henri—, pero cualquiera la pudo escribir porque mi nombre está en la guía telefónica, y también mi domicilio. ¿Se da cuenta? Alguien la escribió y fue a echarla en un buzón de Clichy para que todo fuese perfecto.

—Sí, Henri. Ya hace rato que pensé eso.

—Soy un francés honrado, un ciudadano que paga sus impuestos... Nunca me han gustado los líos. Bueno, sólo los que se refieren a las mujeres, pero sé nadar y cuidar la ropa... Puede

preguntar a la gente que me conoce en Clichy. Nadie podrá decir que me ha visto una Bola vez borracho.

Raymond le quitó la carta de las manos y se dirigió a la puerta.

—Eh, oiga, ¿qué van a hacer conmigo?

—Saldrás libre dentro de un rato.

Raymond pasó al cuarto donde estaban su jefe y sus dos compañeros.

Los tres lo miraron interrogativamente.

—No hay nada que hacer. Es inocente. Él no escribió la carta.

—¿Está seguro?

—Sí, jefe.

El viejo dio un suspiro.

—Se acaba de deshacer nuestra última pista... Está bien, muchachos, podéis dejarlo en libertad.

El patrón y Duc regresaron a la oficina del primero.

—¿Cuántos hombres ha puesto para localizar al autor de la carta? —preguntó Ray.

—Unos veinte. He pedido la colaboración a otras secciones. Se están realizando las investigaciones corrientes, ya sabe: clase de papel, fabricante que lo hizo, remesa... Desgraciadamente, esta clase de esfuerzos dan resultados a muy largo plazo. Pueden pasar semanas, meses, antes de que sepamos de dónde salió este papel y quién fue la persona que lo compró. He enviado una fotocopia de la carta a todos los archivos de la policía. En estos momentos, cerebros electrónicos están buscando una letra similar, pero nuestra experiencia nos ha enseñado que los cerebros electrónicos se equivocan. Recuerde aquel caso del espía alemán, hace cuatro años. Teníamos una carta escrita de su puño y letra y el cerebro electrónico estableció la identidad del espía. Fue lo que nosotros creíamos. El prefecto de policía del Sena...

—¿A qué hora fue depositada la carta?

—Entre las doce y las dos de la tarde. Hacen recogida a esas horas.

—¿De qué buzón la sacaron?

—Del que hay en una esquina, entre la calle Gay Lussac y Saint Ambroise.

—Fue escrita con bolígrafo.

—Uno vulgar y corriente de los que hay millones en el mercado.

Pudo ser comprado en uno de los millares de establecimientos de París; hoy día el bolígrafo se consigue hasta en un almacén de ropas. Lo dan como regalo... Y ya sabe, es necesario presentar esos documentos al presidente de la República dentro de cinco días.

—Cinco días —repitió Duc.

—Dígalo con claridad, Ray, me está viendo regando mis lechugas.

—Dígame, jefe, ¿las crió alguna vez?

El viejo sonrió con los dientes apretados.

—Nunca.

—Lo suponía.

—Pero me he pasado la vida pensando en que algún día las cultivaré... En mi pueblo hay las mejores lechugas de Provenza. ¿Las probó alguna vez?

—No soy especialista en lechugas.

—Oh, sí, usted es especialista en *whisky* y mujeres. Ya me explicó Monique que hoy tenía una combinación de ambas cosas.

Ray carraspeó.

—Jefe, recuerde, estábamos hablando de la operación «Bizcochos con Chocolate».

El viejo entornó los ojos y se quedó pensativo.

—Quédese aquí media hora, Ray. Hágase cargo de la información. Si llaman del Ministerio, dígales que estoy metido en el asunto hasta el cuello.

—Sí, jefe, pero ¿se puede saber adónde va?

El viejo estaba ya junto a la puerta.

—No lo puedo resistir más, Ray. Me voy a llegar al café de la esquina y voy a pedir bizcochos con chocolate.

Luego, salió precipitadamente.

CAPÍTULO III

Raymond Duc estaba durmiendo en el diván, en la oficina del viejo.

Despertó cuando el sol le dio en la cara.

Oyó un ruido junto a la ventana. Alguien estaba levantando las persianas. Era Monique.

—Hola, chica.

La joven tenía algunos papeles en la mano.

—Han llegado informes con respecto a la investigación.

Raymond leyó los informes.

—Ningún resultado —dijo—. Las investigaciones de rutina sólo dan resultados de rutina. ¿Sabes algo del jefe?

—Llamó hace un momento. Desde el Ministerio del Ejército.

—¿Qué pasó?

—Fue otra vez allí a instancias del general. Uno de sus secretarios intentó suicidarse la pasada noche. Se considera responsable de la desaparición de los documentos. Utilizó una pistola, pero falló el tiro. Está herido de gravedad...

Raymond observó que uno de los tobillos de Monique estaba vendado.

—¿Te hiciste mucho daño?

—Claro que me lo hice.

—Pues ya debes estar curada, porque te vendaste el pie sano.

Las mejillas de la joven se pusieron rojas.

—Vete al infierno —exclamó.

Salió de la habitación y Ray quedó riendo. Fue al lavabo del jefe.

Oyó que Monique entraba otra vez en el despacho, y se asomó con la maquinilla eléctrica en la mano.

—La correspondencia —dijo ella—. No sabía que el jefe tuviese un familiar en el manicomio...

—Y yo tampoco. ¿Qué manicomio?

—Uno de Clichy.

Ray quedó un momento en suspenso viendo cómo Monique dejaba las cartas sobre la mesa.

Echó a correr sin acordarse de la maquinilla. El cable dio un tirón fuerte y se desconectó.

—¿Qué te pasa, Ray? —preguntó Monique mientras él buscaba entre las cartas.

Sí, allí lo decía bien claro en letras impresas. «Hospital de enfermos mentales de St. Jean Baptiste-Clichy».

Rasgó el sobre y extrajo el papel que contenía.

Enseguida identificó la letra.

«Señor: Mis minutos están contados. Puedo morir de un momento a otro. Venga a verme. Estoy en la habitación 14. Dicen que estoy loco, pero es mentira. Por favor, no se demore».

Estaba firmado por Henri L. Bernard.

—Si el jefe llama, dile que voy al manicomio de Clichy.

Raymond corrió en su coche ignorando tres veces las señales del tráfico, pero ningún agente le interrumpió el camino.

La verja del hospital de enfermos mentales estaba abierta y llevó el coche hacia la casa del fondo, un edificio de piedra oscura, tristón, construido cien años antes, con dos alas de cuatro pisos que indudablemente habían sido levantadas con posterioridad.

Se detuvo ante la recepción y fue atendido por una joven de ojos verdosos.

—Quiero ver al paciente de la habitación 14, Henri L. Bernard.

—¿Es pariente?

—Soy su primo Eustaque.

—Por favor, pase a la oficina del director. Ha de solicitar el correspondiente permiso. También le dirán si el paciente puede recibir visitas.

Ray dio una cabezada de asentimiento y se dirigió hacia la derecha, el lugar que la joven le señalaba.

Pero Raymond no tenía el menor propósito de hablar con el director de aquel establecimiento. Henri decía en su carta que

estaba allí encerrado por loco cuando su mente era sana.

Volvió la cabeza y al ver que la muchacha de los ojos verdosos estaba atendiendo a otros visitantes, subió por la escalera que encontró en su camino.

Llegó al primer piso y miró el número de la habitación que había enfrente. El 9.

El corredor estaba desierto y continuó andando por él.

Para no perder tiempo, sacó la llave maestra del bolsillo, pero al llegar ante la puerta 14 se encontró con una sorpresa. Estaba abierta.

Pasó al interior y se detuvo al ver la escena que se ofrecía a sus ojos.

En la cama había un hombre.

Lo habían estrangulado con un pañuelo de mujer de color verde. Los ojos le salían de las órbitas y por la boca le asomaba un trozo de lengua.

Raymond tomó la mano del muerto. El cadáver no se había enfriado todavía.

Henri L. Bernard se había llevado su secreto a la tumba. Un robo secreto muy importante, en relación directa con el robo de documentos del Ministerio.

Nada tenía que hacer allí y salió de la habitación.

El corredor continuaba desierto.

Bajó por la escalera y se encaminó a la puerta que antes había ignorado, la oficina de la Dirección.

En aquel momento salía una enfermera muy atractiva.

—Quiero hablar con el director —dijo.

—Disculpe, pero el señor director no recibe ya visitas. Tendrá que volver mañana a las once.

—No puedo volver, querida. El señor director tiene que recibirme ahora.

Antes de que la joven opusiese algo más, Ray abrió la puerta y pasó al interior.

—Eh, no puede entrar —dijo la enfermera a su espalda.

Ray cruzó una sala de espera y abrió una puerta de vidrio esmerilado.

—Le repito que el señor director dio orden de que no recibiría a nadie —dijo la enfermera, entrando por detrás de Ray.

Un hombre de unos cincuenta años que estaba tras una mesa, escribiendo en un papel sobre una carpeta, alzó la cabeza.

—¿Qué pasa, señorita Braun?

—Este caballero... Le dije que no recibiría a nadie... Se coló aquí a pesar de mis advertencias.

Ray se adelantó y sacó su credencial.

—Inspector Raymond Duc, del Deuxième Bureau.

El doctor observó la credencial y dijo con una sonrisa:

—Me sorprende usted, señor Duc, creí que los hombres que trabajan para el Deuxième Bureau no se identifican.

—Sólo en casos de emergencia, doctor...

—Jacques Orsini. Pero dígame, ¿de qué emergencia se trata?

—De algo que ha ocurrido en su propio hospital. Un asesinato.

—¿Qué dice?

—Han estrangulado a uno de sus pacientes, el que ocupa la habitación 14.

El doctor Orsini se puso en pie.

—Espero que esto no sea...

—¿Una broma de mal gusto? Oh, no, doctor, lo he visto con mis propios ojos.

—¿Quiere decir que ha entrado en la habitación 14?

—Sí, doctor. Y lo hice sin permiso de nadie.

—Me temo que se ha tomado usted una libertad excesiva, señor inspector.

—Lea esta carta y saque las conclusiones después.

Le entregó la segunda carta que se había recibido en el Deuxième Bureau, firmada por Henri L. Bernard.

El doctor volvió a ocupar su sillón después de haber leído la carta. En su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Inspector, ¿está seguro de que el señor Bernard está muerto?

—Fue estrangulado con un pañuelo verde... Pero, realmente, ¿se llamaba Henri L. Bernard?

—Henri Louis Bernard.

Raymond sonrió para sí. Había habido una coincidencia como otras muchas veces. El carnicero de Clichy era Lou y el paciente de la habitación 14 Louis.

—El asesino me precedió por poco tiempo, doctor Orsini. La puerta de la habitación estaba abierta. El cadáver aún no se enfrió.

Pero hableme de Henri Louis Bernard. Todo lo que sepa, por favor.

—Señorita Braun, ¿quiere traer la ficha del señor, Bernard? Diga también al doctor Berenger que vaya a la habitación 14.

—Sí, señor.

La enfermera salió del despacho del doctor Orsini.

—El señor Bernard llegó hace cuatro días.

—¿Quién lo trajo?

—Su hermana y el marido de ella.

—¿Cómo se llama su hermana?

—Suzanne Ravault, y él es Jean Ravault.

Golpearon suavemente la puerta y la enfermera entró con la ficha.

—He avisado al doctor Berenger.

—Gracias, señorita Braun.

—¿Quiere que llame a los familiares del señor Bernard?

—No hace falta —dijo Ray—. Yo me ocuparé de eso.

Orsini dijo a la señorita Braun que podía retirarse.

La puerta se cerró tras la enfermera de los ojos verdosos.

—Doctor, quisiera saber si Bernard entró aquí por su propia voluntad.

—Eso no lo podemos saber. Lo trajeron en una ambulancia. Estaba dormido.

—¿Dormido o anestesiado?

—Yo no lo vi. Lo trajeron a medianoche. Se hizo cargo de él el médico de guardia —miró la ficha—, el doctor Marcel Gosselin.

—¿Cuál era el problema de Bernard?

—Esquizofrenia.

—¿Qué tratamiento se le dio?

—Según la ficha, se le pusieron corrientes. Una por cada día que estuvo aquí. La última fue esta mañana.

—¿Puedo ver esa ficha, doctor Orsini?

—Sí, desde luego.

Ray leyó que Suzanne Ravault y Jean Ravault vivían en el 134 de la calle Perigot, en París.

—¿Cuáles son las condiciones para internar a un enfermo en este sanatorio, doctor Orsini?

—Un certificado médico. Sólo tiene que dar la vuelta a la ficha y verá que fue presentado. Naturalmente, también tuvieron que pagar

el importe de un mes. Esto es una clínica particular, no una institución de beneficencia.

Ray leyó otra vez en la ficha que el certificado médico aportado por los esposos Ravault había sido firmado por el doctor Marcel Gosselin.

—Me gustaría mucho hablar con el doctor Gosselin.

—Lo siento, pero el doctor Gosselin salió de vacaciones ayer.

—¿Sí? ¿Adónde fue?

—Ginebra.

—¿Puede darme su dirección en Ginebra?

El doctor Orsini sacó una libreta de notas con índice alfabético.

—Hotel «Minuit».

—¿Vio usted al enfermo personalmente?

—Sí, lo vi el primer día como es mi obligación.

—¿Estaba despierto?

—Sí.

—¿Qué opinión profesional se formó con respecto al por Bernard?

—Recuerdo que me miró con temor. Eso es frecuente en esta clase de enfermos, especialmente cuando sufren uno de sus ataques. Su mirada era huidiza... No permanecí allí mucho tiempo, apenas unos instantes.

—¿El doctor Gosselin estaba con usted?

—Sí.

—¿Qué le dijo respecto al enfermo?

—Que había sido internado otras tres veces, dos en rancia y otra en Inglaterra.

—¿Lo dijo cuando ya estaban fuera de la habitación?

—Sí, desde luego. Nunca cambiamos impresiones en presencia de nuestros pacientes.

—Según esta ficha, Henri Louis Bernard era empresario de teatro... No hay más. Quizá Suzanne o Jean Ravault dieron más explicaciones.

—Disculpe, pero yo no puedo agregarle otra información. Quizá el doctor Gosselin...

Raymond se levantó.

—Sí, tendré que hablar con el doctor Gosselin... doctor, ¿quién tenía acceso a la habitación número?

—El enfermero jefe de esa planta, el señor Thibault.

—Quisiera hablar con él.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el doctor.

Entró un hombre sostenido por otros dos. En su cabello tenía restos de sangre seca. Le habían puesto esparadrapo en el cuero cabelludo, un poco más arriba de la oreja.

—¿Qué ocurrió, señor Thibault? —preguntó el doctor Orsini.

—Hace media hora me disponía a entrar en el vestuario para cambiarme. Había manchado la bata. Estaba allí cuando alguien me golpeó por detrás. Me desmayé.

—¿Pudo ver a su agresor, señor Thibault?

—No, doctor Orsini.

Raymond se dirigió al doctor Orsini.

—Llame a la policía, ¿quiere?

—Pero usted...

—Yo no puedo ocuparme oficialmente de la muerte de su paciente, doctor Orsini. Existe la Policía Judicial. Ya nos pondremos en contacto con nuestros colegas.

—Sí, señor —dijo el doctor Orsini.

Raymond hizo un saludo y salió del despacho.

La señorita Braun lo miró con sus bellos ojos verdes y él se detuvo delante de ella.

—Quizá usted me podría decir alguna cosa con respecto al paciente de la habitación número 14.

—¿Yo...? ¡Oh, nada...! ¿Por qué lo cree así?

—Era sólo una sugerencia. Buenos días, señorita Braun.

Raymond corrió en su coche hacia la calle Perigot en donde vivían los esposos Ravault.

Al llegar allí habló con la portera.

—¿Ravault...? —repitió su interlocutora, una señora gorda, con un bigote en el labio superior—. Nunca han vivido aquí inquilinos con ese nombre. No, amigo mío, le dieron mal la dirección. Aquí no vive ningún Ravault.

Raymond ya imaginaba eso, pero debía realizar la comprobación.

Al llegar a la cocina, Monique le dijo que el viejo le estaba esperando.

—Ray —dijo el patrón—, estoy enterado de parte del asunto. Hablé con el doctor Orsini por teléfono.

Duc le contó todo lo que había visto y hablado en el manicomio y la verificación del falso domicilio de los Ravault.

El viejo resumió el caso.

—Los esposos Ravault no existen y hay un doctor Marcel Gosselin que, indudablemente, forma parte de este complot...

—Hay que suponer que nunca encontraremos al doctor Gosselin en el hotel «Minuit» de Ginebra.

—Opino lo mismo, Ray, lo cual vuelve a cerrar el círculo...

—Sólo tenemos una esperanza, la profesión de Bernard. Supuestamente era empresario de teatro.

—Tiene razón, Ray. Dedíquese a eso.

Raymond marcó el número de dos agencias teatrales, pero en ninguna de ellas conocían a Bernard.

Llamó a la tercera, la de un tal Bruno Chomel.

Oyó una voz de mujer.

—Señorita, pertenezco a la profesión, soy Raymond Duc, funambulista. Un amigo mío que está metido en el teatro me dio su dirección, pero la perdí. Es un empresario. Su nombre es Henri Louis Bernard.

—Oh, sí, conocemos a Henri... Hemos trabajado para él muchas veces. La última hace apenas un mes.

—Señorita, ¿cuál es su nombre?

—Marcelle Pigot.

—Creo que iré por ahí a hablar con ustedes.

—Muy bien, venga, no hay inconveniente. Esta mañana sólo hay treinta y cinco artistas esperando ser recibidos por el señor Chomel...

—Tiene veinticinco francos o pagada una cena si me cuela por la puerta trasera.

—Me quedo con la cena.

Raymond miró el receptor. Demonios, la chica había contestado demasiado aprisa. Y no lo conocía a él. Debía ser fea como un demonio.

—Mientras usted trabaja en la agencia —dijo el viejo—, yo me ocuparé del doctor Marcel Gosselin.

Raymond leyó en la puerta: «Agencia teatral de Bruno Chomel».

Vio otra puerta un poco más arriba que no tenía ningún letrero y la empujó.

Se encontró en una pequeña salita de espera.

Una mujer se levantó de un sillón.

—Al fin llegó usted.

Ray se quedó helado. Era una mujer de cuarenta años con cara caballuna, dientes como paletas y ojos exaltados.

—Funambulista, ¿eh? —dijo ella—. Y apuesto a que lo hace muy bien...

Raymond sintió deseos de echar a correr al pensar que le había aceptado una cena, pero quería hacer preguntas sobre Henri L. Bernard, el hombre que había sido estrangulado con un pañuelo verde después de ser encerrado como loco.

Se abrió una pequeña puerta y entró una joven bien proporcionada, óvalo perfecto, muy bonito.

—Usted debe ser Raymond Duc...

—Sí.

—Soy Marcelle Pigot.

Raymond sintió un cosquilleo en la garganta.

—Señor, Duc, le presento a una compañera de usted, *miss* Applegatti, domadora de focas.

De buena gana, Raymond hubiese aplaudido como una foca.

—¿Tiene mucha prisa, señor Duc? —preguntó la hermosa Marcelle.

Raymond le hubiese respondido que no mucha si hubiesen estado solos.

—Sí, Marcelle.

—Entonces *miss* Applegatti tendrá la amabilidad de dejarlo pasar.

—Oh, no faltaba más, desde luego... Todo el mundo me conoce y sabe que por un compañero soy capaz de cualquier cosa...

Al tiempo que decía eso, miró a Ray con mucha intención.

—Puede pasar, señor Duc —dijo Marcelle—. La puerta del fondo, por favor... Cuando se marche, hágalo por este mismo camino.

—Descuide. ¿Estará usted?

—Bastará que de tres golpes en ese cristal para que yo salga.

Se miraron a los ojos y Raymond recibió un mensaje que

descifró así: «Tú me gustas y yo te gustó. Será una cena inolvidable».

Él le transmitió otro que quería decir: «La cena tendrá que esperar, nena». Pero no supo si lo entendió.

Bruno Chomel frisaba en los cuarenta años y era calvo, de nariz aguileña.

—Funambulista, ¿eh? —dijo—. Pero imagino que su número no se limitará a ir de un lado a otro del alambre... Hoy día hay que hacer muchas cosas más. Figúrese, conozco a un colega suyo que se sube sobre una silla apoyada en un alambre, toca el violín con las dos manos y con la boca sostiene un palito sobre el que da vueltas a una bola.

—Lo mío es mucho mejor. Mary y yo pasamos por el alambre, y cuando llegamos al centro, nos ponemos a bailar un calipso. Tendría que ver el ritmo con que lo hacemos.

—Eso no tiene nada de particular, que usted y su compañera se pongan a hacer eso...

—«Mary» es una jirafa. Y ahora le estoy enseñando el «*twist*». Mejora de día en día.

—Infiernos, tengo que verlo...

—Perdone, pero tendremos que demorarlo una semana.

—¿Por qué?

—«Mary» tiene anginas... Ya sabe, con ese cuello... Además, existe otro impedimento.

—¿Cuál?

—Le prometí a Henri Bernard que trabajaría para él. Henri me descubrió hace unos meses y le entusiasmó el número.

—Bueno, yo puedo ser su agente y Henri su empresario... Además, no podrá ver a Henri en algún tiempo.

—¿Por qué no?

—Se marchó a Londres.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas.

—¿Con algún espectáculo?

—Sí, desde luego. Últimamente Henri trabajaba más para los clubs nocturnos que para los teatros.

—¿Sabe si todavía estará en Londres?

—Quizá sí.

—¿En qué club?

—En el «Pink Rose». ¿Por qué hace tantas preguntas?

—¿Le puedo hacer una confidencia, Bruno?

—Claro que puede. Por si no lo sabe, en mi profesión tengo fama de ser una tumba.

—Conocí a una chica, y según mis informes, va con Henri Bernard.

—Henri se llevó a media docena de mujeres para su gira por Inglaterra. ¿Cuál es el nombre de la chica?

—Lo ignoro, pero una conversación telefónica terminará de resolver mi problema.

Raymond se puso en pie.

—Eh, oiga, ¿cuándo puedo ver su número con la jirafa?

—Le pasaré aviso, señor Chomel.

Raymond salió por la misma puerta que había entrado.

Miss Applegatti, la domadora de focas, lo recibió con una sonrisa.

—Trabajaré en el «Olimpia» dentro de quince días. ¿Irá usted a verme?

—Seguro —contestó Ray.

Miss Applegatti entró en el despacho de Chomel.

Ray decidió no hacer la señal convenida con la hermosa Marcelle. Tenía la impresión de que aquella noche él no estaría en París, pero archivó en un rincón de su mente la gura de Marcelle y un pequeño recordatorio: «Cena con la secretaria de Bruno Chomel en mi primera noche libre en París».

Cuando entró en la oficina del viejo, éste le dijo:

—Condenación, ¿trae alguna noticia nueva?

—Está pálido, jefe. ¿Qué le pasa?

—El doctor Marcel Gosselin ha sido asesinado.

¿Dónde?

—Cayó del tren en que viajaba a Ginebra. Se supone que fue un accidente, pero nosotros ya sabemos de que se trata.

—Están borrando todas las pistas. Primero Henri Bernard y luego el doctor que lo atendió en el hospital.

—No pueden permitir que nos acerquemos. Los documentos de la operación «Bizcochos con Chocolate» son muy importantes para ellos.

—Hay algo a nuestro favor, jefe.

—¿Qué cosa?

—Bernard nos decía en su primera carta que los documentos estaban en poder de un mono.

—¿Habla en serio?

—Ni siquiera yo lo sé.

—¿Qué consiguió en la agencia teatral?

Ray le contó el resultado de su visita a Bruno Chomel, y luego agregó:

—Si no me necesita en París, quisiera salir para Londres inmediatamente.

—Eche a volar —gruñó el viejo.

CAPÍTULO IV

Raymond Duc bebía un *whisky* sentado en un taburete del club «Pink Rose».

El local estaba muy animado.

Una muchacha muy bonita cantaba una canción francesa.

Raymond preguntó su nombre a un mozo. Se llamaba Madeleine Ruibel.

Cuando la joven terminó su situación, Duc se en camino a los camerinos.

Entró en el de Madeleine Ruibel sin llamar.

La joven se estaba quitando unas medias enrejadas.

—¿No aprendiste educación, hermano?

—Muy poca. Me crié en los muelles de Marsella. ¿De dónde eres tú?

—De Caen. Y ahora te vas a largar, marsellés.

—Perderías una oportunidad de ganar algunos francos.

—¿De qué se trata?

—De tu patrón, Henri L. Bernard. Quiero encontrarlo. Hablar con él.

—No lo veo desde hace una semana.

—¿A dónde fue?

—No lo dijo. Nos licenció a todos y cada cual se fue por un lado.

—¿Tú viniste con él de Francia?

—Sí, y fui la única de su gente que se quedó aquí. Al dueño del local le gustó mi forma de interpretar.

—¿Iban mal las cosas?

—No, eso es lo raro, iban bien; pero Henri dijo que se sentía un poco enfermo y que nos buscásemos otro empresario. Había rescindido los contratos que tenía pendientes en Inglaterra.

—Quizá le salió otro negocio de más envergadura.

—No lo sé. Henri no hablaba mucho de sus cosas.

—Me gustaría saber si regresó solo a Francia...

—No fui a la estación a despedirlo, de modo que no te puedo contestar a esa pregunta.

—¿Quién me podría contestar?

—Martine.

—¿Quién es Martine?

—También canta como yo.

—¿Está en Londres?

—Sí, la contrataron en el «Hotel Internacional». Actúa en la *boîte* que hay allí.

Raymond sacó del bolsillo unos cuantos billetes.

—No, gracias —dijo ella—. Te ayudé en muy poco. Pero si pasas otra vez por aquí te aceptaré un *whisky*.

Raymond dio un gruñido de asentimiento y abandonó el «Pink Rose».

Media hora más tarde entraba en la *boîte* del «Hotel Internacional».

Se detuvo en el vestíbulo adornado con macetas en donde crecían plantas lujuriantes.

Pero lo más lujuriente de aquel escenario no eran las plantas, sino un cartel en el que se anunciaba a la cantante Martine Thaller.

La figura de la cantante era maravillosa. Estaba muy parcamente vestida. El *slogan* decía: «Ver cantar a Martine y después morir».

Raymond tomó las medidas de la muchacha. Aquella clase de dibujantes publicitarios eran unos exagerados. Mixtificaban las líneas femeninas creando mujeres de ensueño. ¡Al diablo con ellos!

El público de la *boîte* del Hotel Internacional era de mejor clase que el «Pink Rose». Estaba formado en gran parte por los clientes del propio hotel, y un *whisky* costaba el doble que en el «Pink Rose».

Preguntó a un mozo por Martine y recibió la respuesta de que había actuado hacía cinco minutos. Con una propina supo dónde estaban los camerinos y se fue hacia allí.

Ante la puerta de Martine halló un muro en forma de hombre.

—Quiero ver a Martine.

El muro tenía dos ojos que parecían trozos de cristal esmerilado.

—Fuera.

Sólo dijo eso.

—Soy su hermano, el que estaba en la cárcel.

El muro se desconcertó un poco.

—Robé en una joyería —dijo Ray—. Cincuenta mil libras en piedras preciosas, y ¿qué paso? Cuando estaba todo a mi favor, va un tipo y da el soplo a los polis... Estaba en la cárcel cuando mi madre se puso enferma, gravísima... No me dejaron ir a verla... Murió... Y luego estaban los dos hermanitos además de Martine... Pedían pan... Pobre Martine, ella sola...

El muro se deshizo en lágrimas.

—Pasa, chico.

Ray dio un suspiro y entró en el camerino, cerrando la puerta a su espalda.

No vio a nadie en el primer momento, pero algo se movía tras un biombo.

—¿Está ahí, Martine?

Apareció una cabeza por encima del biombo.

Raymond vio una cara muy atractiva, una nariz respingona, unos ojos que despedían un fulgor parecido al de las llamas del infierno y una melenita tan negra como una noche sin la compañía de una mujer.

—¿Quién es usted?

—Raymond Duc.

—No le conozco.

—Era amigo de Henri L. Bernard... Lo estoy buscando. Me dijeron que tú trabajaste para él hace apenas una semana. Henri me debía mucho dinero, una buena cantidad, casi diez mil francos... Si me das informes acerca de él puedes ganarte quinientos. No está mal, ¿verdad?

Martine lo miró con un punto de interés.

—Continúa, Raymond.

—Henri dijo que se marchaba a Francia.

—Pero regresó.

—Un poco más despacio. ¿Cuándo se llegó a Francia?

—Hace una semana. Sólo estuvo un día en París.

—¿Qué fue a hacer allí?

—A ultimar un negocio.

—¿Qué negocio?

—No lo dijo, pero debió salirle muy bien porque vino muy contento.

—Para entonces ya había terminado con todos vosotros, pero al parecer tú lo viste...

—Sí.

—¿Dónde?

—Se alojó aquí, en el «Hotel Internacional». Celebró una fiesta en su habitación.

—¿Quiénes concurrieron a esa fiesta?

—Media docena de amigos.

—¿Artistas que habían trabajado con él?

—Sólo estábamos las tres chicas que componíamos el trío «Las hermanas De Berry»... Bueno, ya sabe cómo son estas cosas. Ninguna éramos hermanas. Mis dos compañeras eran Huguette Fachan y Claudia Roselli.

—¿Quiénes eran los otros invitados?

—Patrick Hamon, un actor de la televisión inglesa que está rodando unos telefilms con mucho éxito, «La Ley siempre gana». También estaba el productor de esos telefilms, Michel Huot.

—¿Francés?

—Sí.

—¿Quién más?

—La masajista.

—¿Quién es la masajista?

—Bueno, yo la llamo así. Es la dueña de un salón de belleza masculino. Ya sabe, uno de esos lugares donde los hombres rebajan grasa y creen ponerse en forma.

—Tendrá un nombre.

—Sí, Sonia Gariévitch.

—¿Rusa?

—No, creo que es yugoslava o albanesa o algo así.

—¿Nadie más?

—Esos éramos todos.

—¿Has vuelto a ver a alguno de ellos?

—No.

—¿Oíste decir a Henri lo que iba a hacer en los días siguientes?

—Sí, dijo que se iba a Estocolmo.

—¿A qué iba a Estocolmo?

—Según oí decir, ese productor, Michel Huot, lo quería enviar allí para que llegase a un acuerdo con un colega suyo de la

televisión sueca.

—De modo que, supuestamente, Henri debe estar en Estocolmo.

—No lo sé, puede estar o no puede estar.

—¿Ocurrió algo durante la fiesta?

—¿A qué te refieres?

—Algún incidente.

—En absoluto. Todo transcurrió muy bien.

La joven salió del biombo y Raymond pidió perdón mentalmente al artista que había dibujado a Martine en aquel cartel del vestíbulo.

Martine Thaller, al natural, era mucho mejor. Se había puesto un vestido negro de escote generoso.

—¿Cómo lograste entrar aquí, Ray?

—Conmoví al gigantón con una historia sentimental. Aunque no lo parezca, tú y yo tuvimos el mismo biberón...

La joven rió.

—Será mejor ahora que te vayas, hermanito.

—¿Quién es el que paga al tipo para que te vigile?

—Lord Cabanaugh.

—¿Un lord auténtico?

—Sí, el primer lord Cabanaugh sirvió a la reina Isabel como palafrenero. Lo hizo muy bien y la reina lo nombró lord.

—Ya me voy, no quiero crearte dificultades con tu lord...

—Recuerda dónde estoy si das con Henri para traerme los quinientos francos... Le estoy muy agradecida a Bernard porque, como él dijo, el mono me ha traído la suerte.

Ray estaba junto a la puerta y volvió la cabeza.

—¿El mono? ¿Qué mono?

—La noche de la fiesta Bernard regaló un mono a cada una de las hermanas De Berry.

Raymond sintió un escalofrío por el espina dorsal. Henri había escrito en su primera carta que existía un modo de salvar a Francia: capturar al mono. Era un extraño mensaje, pero ahora tenía sentido.

—Martine —dijo—, ¿dónde está tu mono?

—Arriba, en la habitación del hotel.

—De modo que también regaló monos a las otras muchachas.

—Sí.

—¿Qué ha sido de ellas?

—Claudia Roselli se contrató por una semana en un teatro de variedades de Liverpool, el «Higgins».

—Así que ahora está allí.

—Sí. No terminará hasta dentro de dos o tres días.

—¿Y Huguette?

—Regresó a París anteayer. Vino a despedirse de mí. Dijo que también a ella el mono le había traído la suerte. El hombre a quién ama había venido por ella. Un ingeniero.

—¿Sabes el nombre del ingeniero?

—No, y me pareces un tipo raro. Te interesas demasiado por las personas relacionadas con Henri. Dime, ¿quién eres tú realmente, Duc?

—Es mejor que no lo sepas —dijo Raymond, y se inclinó sobre ella. Como Martine no retrocedió, la boca de Duc se juntó con la de ella.

Cuando se separó, Ray dijo:

—Qué lástima que lord Cabanaugh llegase primero...

—El otro día me llevó a una carrera y el caballo que cabalgaba primero quedó segundo.

Eh aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cuarenta años, de cabello y bigote color ceniza, ojos azules. Vestía *smoking*. Detrás de él estaba el gigantón.

—Sam, imbécil —dijo lord Cabanaugh—. ¿No ves que no se parecen en nada? Si ellos son hermanos, tú y yo somos primos.

—Primo lord —dijo el gigantón—, déjame un par de libras.

—¡Calla, imbécil! —Lord Cabanaugh enarcó las cejas—. ¿Quién es él, querida?

—Raymond Duc. Y es algo más que un hermano para mí.

—¿Tu padre quizá?

—No gastes esas bromas, lord. Raymond Duc me dio de comer y de beber en París, cuando yo estaba en mi hora mala... Se hospedaba en la misma pensión que yo... Un día pensé en el suicidio, abrí la llave del gas... Gracias a Raymond sigo viva. Llegó en el momento oportuno.

—¿Lo ve usted, lord? —dijo el gigantón—. Gracias al fulanito, usted tiene ahora una chica preciosa.

—Sí, Sam. Tienes razón. Gracias al fulanito y a Dickens. Querida, tu historia es tan conmovedora como David Copperfield y

las demás historias que narra nuestro primer novelista...

—Ray sólo está de paso por Londres, ya se iba.

—Le deseo un buen viaje al Polo Norte, señor Duc.

—Gracias, le enviaré un oso.

—Oh, sí, lord —dijo Martine palmeando—. Lo despellejas y me haces un abrigo...

Raymond hizo un saludó general y salió.

Cuando iba por el corredor, oyó la voz de lord Cabanaugh.

—Querida, ¿cuántos hombres más te salvaron la vida antes de que yo te conociese? Éste ya es el tercero.

Raymond sonrió mientras salía de la *boîte*.

Se metió en el «Hotel Internacional», y mediante una propina supo que Martine se alojaba en la habitación 124.

Subió allí y sin ninguna dificultad, abrió con su llave maestra.

Vio enseguida el mono, pero ya no le servía. Estaba destrozado, la cabeza por un lado, el cuerpo por otro y el suelo estaba lleno de serrín.

Un hombre salió del cuarto de baño con una pistola en la mano.

Y eso gustó mucho menos a Ray.

CAPÍTULO V

Era un tipo alto, de cabello corto, cejas y ojos negros. Su cara tenía el color del cobre y Ray pensó que el tipo habría nacido en Jamaica o en otra isla del Caribe.

—Chico, baja esa arma, se te puede disparar.

—Es lo que puede ocurrir, que se dispare, y la bala se le metería en la barriga.

—¿Qué ganarías con eso?

—Soy el que hace las preguntas.

—Muy bien. Empieza.

—¿A qué vino aquí?

—Me mandó Martine. Dijo que le llevase un vestido de noche, el que tenía se le manchó.

El jamaicano se echó a reír.

—Ustedes los polis tienen salidas para todo. Se cree muy listo, ¿eh, Duc?

—¿Me conoces?

—Sí.

—¿Quién te habló de mí?

—Cierta persona.

—¿Tu jefe?

—Supóngalo.

—¿Quién es él?

—Otra vez se equivocó y se ha puesto a interrogar como si tuviese la sartén por el mango.

Ray señaló el mono.

—¿Quién lo destripó?

—Yo mismo.

—¿Y qué buscabas?

—Lo mismo que usted.

Ray se habría alegrado de no tener enfrente una pistola. Por fin

daba con algo concreto en aquel condenado asunto, con un tipo de carne y hueso que estaba relacionado con el robo de los planos.

—Oye, muchacho —dijo—, te quiero hacer una oferta. Me das lo que encontraste dentro del mono y te dejaré marchar.

—Es usted muy generoso, Duc.

—Sabía que aceptarías.

—No encontré nada dentro del mono. Sólo lo que ve en el suelo. Serrín.

—Estoy por creerte.

—No le engaño.

—Bueno, entonces, pelillos a la mar. Vámonos de aquí.

Raymond giró sobre los talones para dirigirse a la puerta.

—Quieto, Duc —ordenó el jamaicano.

—¿Qué te pasa ahora, muchacho?

—Me dijeron que lo retirase de la circulación si lo encontraba en el camino.

—Quien dijo eso es muy torpe.

—Fue también el jefe.

—No vais a ganar nada con que yo muera. Todo lo contrario. ¿No sabéis cómo trabajamos? Si a mí me liquidan, otro me sustituirá y será el principio del fin para vosotros.

Ray vio cómo el jamaicano ponía el dedo en el gatillo. Iba a disparar, de eso no tenía ninguna duda. Aunque saltase sobre él, no tenía la menor esperanza de burlar la bala que iba a salir por el agujero.

En eso se abrió la puerta y Ray oyó una exclamación.

Era la hermosa Martine Thaller.

—¿Qué significa esto?

Fue cuando Raymond saltó porque el matón había quedado sorprendido por la aparición de la muchacha.

Atrapó la muñeca armada del tipo, y todavía en el aire, le hizo una llave de judo.

El jamaicano se dio impulso a sí mismo para evitar que Ray le rompiese el brazo.

La pistola fue a parar debajo de la cama.

El jamaicano se revolvió, golpeando a Ray en la cabeza con el puño.

Fue un golpe de suerte.

Luego echó a correr.

Martine dio un gritito y se apartó de su camino.

El jamaicano salió como una exhalación por el hueco.

Ray estaba aturdido, pero no llegó a perder el conocimiento. No fue en pos del jamaicano porque le había tomado mucha ventaja.

—¿Me vas a decir ahora quién eres? —Oyó a Martine.

—Un policía.

—Ya lo imaginé, de modo que no me das ninguna sorpresa. Aposté conmigo misma a que vendrías a esta habitación.

—¿Por qué supusiste eso?

—Te interesaste mucho por el mono y me dije que quizá el juguete tenía un interés especial. ¿Quién hizo eso con él?

—El jamaicano. Pero dijo que no encontró lo que Esperaba.

—¿Qué iba a encontrar?

—No lo sé.

—¿Joyas...? ¿Drogas?

—Es mejor que no lo sepas. Llevarás una vida más tranquila.

Raymond tomó la pistola del jamaicano y después de examinarla la guardó en el bolsillo.

—Gracias por todo, nena —dijo.

Martine lo enlazó por el cuello cuando pasaba por su lado.

—¿Por qué tanta prisa, Ray?

—Me llama el deber. Y a ti creo que también. El lord debe estar esperándote.

—Tontísimo... Lo dejé sentado a una mesa. —Lo besó apasionadamente y en eso se oyó la voz de lord Cabanaugh.

—Sam, ¿qué dices a eso?

Raymond se apartó y miró hacia la puerta, donde estaba el lord con su grandullón de dos metros, el cual se rascaba detrás de una oreja.

—Bueno, lord —dijo Sam—. Si yo estuviese en su lugar me buscaría otra, o su apellido quedará muy manchado de barro...

—Por una vez has hablado bien, idiota. ¿Cuál es la siguiente en la lista?

—Louise, la del «Club Bamoral».

—Vamos, Sam, al «Bamoral».

El lord sacó un monóculo que se puso en el ojo derecho.

—Querida —dijo con tono solemne—, no me esperes mañana

para el té de las cinco.

Luego salió de la habitación y Sam trotó tras de él.

—Al fin libre —dijo Martine, y besó otra vez a Ray.

—Nena, no puedo quedarme.

—¿Ni siquiera un ratito así? —dijo ella utilizando dos dedos para demostrar lo pequeño que era el ratito.

—Salgo de viaje inmediatamente, Martine. Pero no te preocupes. A mi regreso, tú y yo continuaremos esto donde lo hemos iniciado...

Le dio dos palmaditas en la mejilla y Raymond Duc salió de la habitación.

Poco después Raymond informaba al viejo por teléfono.

El viajaría a Liverpool para seguir la pista del mono regalado por Henri a Claudia Roselli y sus compañeros de París atenderían a Huguette Fachan.

Llegó a tiempo a Liverpool para asistir a la sesión de la tarde en el teatro «Higgins».

Compró su entrada y entró en el local.

El público era escaso. En el escenario actuaban dos hawaianas y un hawaiano. Ellas bailaban el «hula-hula» y él tocaba el ukelele.

Raymond dio una propina a un tipo que defendía una puerta por la que se llegaba a los dominios de los artistas.

Un payaso estaba haciendo ejercicios con unas bolas.

—Busco a Claudia Roselli.

—Camerino número tres.

Golpeó en el camerino número tres y una voz femenina le autorizó a que entrase.

Claudia Roselli estaba sentada ante el tocador poniéndose unas pestañas postizas.

Un muchacho vestido con una piel de leopardo, muy guapo, robusto, contemplaba a la joven con ojos de tortuga reumática.

—Quiero hablar con usted, señorita Roselli. Mi nombre es Raymond Duc. Soy representante de la fábrica de juguetes «El Zoo»... La cuestión es ésta. Últimamente lanzamos una serie de muñecos, concretamente unos monos. En la terminación del muñeco empleamos un ácido para pegar la piel al cuerpo. Resulta

que nuestro laboratorio no combinó bien la fórmula y el ácido salió un poco venenoso... Estamos recogiendo todos los monos. Uno de nuestros compradores fue Henri L. Bernard, quien compró tres monos. El propio señor Bernard nos hizo saber las personas a las que había regalado sus muñecos. Usted es una de ellas.

Había comprado un mono antes de entrar en el teatro, uno de aquellos muñecos. Estaba envuelto en un papel. Ahora, con mucha parsimonia lo desenvolvió.

Claudia Roselli y el Tarzán estaban un poco perplejos.

—Le he traído otro mono para que no se sienta defraudada, señorita Roselli. Esta vez nuestro laboratorio combinó bien la fórmula y el ácido de la piel es justo el que debe tener.

—Oiga, señor Duc, últimamente sentí un poco de jaqueca...

—¡Maldita sea! —Se levantó el Tarzán de un salto—. Eso les va a costar caro. Han tratado de asesinar a mi novia.

—Cálmese.

—¡Y un cuerno! Los demandaré.

—Muy bien, es dueño de hacer lo que quiera. Nosotros nos hemos preocupado de encontrar una solución amistosa. Deben admitir que nos hemos preocupado de que nadie fuese lesionado por culpa de nuestros monos...

Claudia Roselli tomó el mono de manos de Duc y lo observó atentamente.

—No es igual que el mío.

—Quizá rió, señorita Roselli, pero este gruñe... Sólo tiene que inclinarlo hacia adelante.

Claudia lo inclinó hacia adelante y el mono gruñó.

—Caramba, es cierto, el mono que me regaló Bernard no hace esto.

—Y puede dormir con él sin miedo a envenenarse.

—Lo malo es que no tengo el otro mono aquí.

—¿Dónde está?

—Lo dejé en la habitación de mi hotel.

—¿En cuál se hospeda, señorita? Si le parece iré después de la función.

—El «Terranova», en la calle Turner, habitación doce.

—Está bien, señorita Roselli ¿le parece bien a las nueve y media?

—Sí, señor Duc.

—Y yo también estaré allí —dijo «Tarzán».

Ray sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

Salió del teatro, encaminándose a la calle Turner.

Entró en el hotel «Terranova».

En el registro, un hombre estaba atendiendo a una pareja de cincuentones.

Subió por la escalera sin que fuese notada su presencia y probó a abrir la puerta número doce. Estaba cerrada y entonces echó mano a su llave maestra.

Tenía en cuenta su experiencia en el «Internacional» de Londres, de modo que entró con la pistola por delante.

Primero se cercioró de que no había nadie y luego se dedicó a buscar el mono. No estaba a la vista.

Se acercó a un baúl muy grande, de los que los artistas utilizan para guardar su vestuario y lo abrió. Allí estaba el mono, aparentemente intacto.

Claudia había tenido razón al decir que era distinto. Este mono era un poco más grande que el que él había comprado, pero eso era lógico si debía contener los documentos robados al ministerio francés.

Después de cerciorarse de que no había otro mono en el baúl utilizó una cuchilla para rasgar la piel del muñeco.

Trabajó cuidadosamente, como un cirujano en el cuerpo de un paciente que estuviese en la mesa de operaciones.

Pero dentro del mono no había nada. Sólo el relleno, serrín.

Se había provisto de un tubo de goma de pegar y unos minutos más tarde el mono estaba como lo había encontrado.

De pronto oyó ruido en la puerta adyacente, la: que comunicaba con la habitación vecina.

Dejó el mono en el baúl y se acercó a la pared.

Alguien intentaba abrir.

Tomó otra vez la pistola y esperó.

La cerradura dio un chasquido y se abrió la puerta.

Entró uno de los cincuentones que había visto en el registro: la mujer.

Dejó la puerta abierta y se encaminó directamente hacia el baúl.

Hay se deslizó por la pared y fue al hueco. Desde allí asomó la

cabeza.

El compañero de la mujer no estaba en la otra habitación.

Ella ya había encontrado el mono en el baúl y se volvió con él en la mano. Fue entonces cuando vio a Ray.

El cabello de la mujer era de color de la ceniza y los ojos negros. Su cara estaba muy maquillada.

—Hola —dijo Raymond.

La sorprendida mujer sonrió diciendo:

—No consiento que nadie me robe.

—Eso está bien.

—Este mono es mío... Noté su falta hace dos días... Hasta hoy no llegué a la conclusión de que la señorita, que se hospeda aquí me lo había robado.

—Esa historia es muy mala, señora. El mono pertenece a la joven que se hospeda aquí. Cuando yo llegaba, usted y el hombre que la acompañaba acababan de llegar al hotel.

La cincuentona exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—Creí que llegaría antes que usted, señor Duc.

—Sólo le gané por unos minutos.

—Comprendo, e imagino que ha comprobado si el mono tiene algo dentro.

—Sólo las tripitas que le pusieron en la fábrica.

—Así pues, usted y yo hemos fracasado otra vez...

—¿Cuál es su nombre?

—Gundelinda Jackson.

—Suenan tan falso como una moneda de cobre.

—Pero es bonito, ¿no le parece?

—Y apuesto a que todo lo que lleva encima es un disfraz.

—Oh, no, ya cumplí el medio siglo.

—No me la pega, Gundelinda. La piel de su cara fue arrugada artificiosamente. Pero se olvidó de sus manos y de su cuello.

—¿Qué le pasa a mis manos y mi cuello?

—Son de una mujer que está entre los treinta y treinta y cinco años.

Ella sonrió enseñando una dentadura perfecta.

—Es un honor que me hace, señor Duc. Me quita nada menos que quince años... Es usted un sol de hombre...

—Hablemos de cosas más interesantes para mí.

—¿Por ejemplo...?

—¿Dónde está el hombre que la acompañaba?

—Se marchó. Su obligación sólo consistía en introducirme en el hotel.

—¿A quién representa usted, Gundelinda?

—¿Me da un cigarrillo?

—Sí. —Raymond sacó el paquete de cigarrillos y se lo arrojó a la mujer cuando ella se acercaba para tomarlo.

—Parece que no se fía mucho de mí, señor Duc.

—Nunca me fío de los espías... Tienen una imaginación demasiado volcánica —a continuación le arrojó el encendedor de gas.

Ella encendió y se sentó en el borde de la cama, dejando el paquete de cigarrillos y el encendedor al lado del mono.

Ray continuaba con la pistola en la mano, pegado a la pared. De esa forma podía vigilar la puerta que comunicaba con la habitación adyacente, que seguía abierta.

Ella le había dicho que su compañero se había marchado, pero naturalmente, él no podía aceptar sus palabras.

—Me ha preguntado a quién represento, señor Duc. Se lo diré... A una persona que tiene mucho dinero, a un millonario.

—No me diga que él en sus horas de ocio, en lugar de jugar al golf, prefiere dedicarse al espionaje.

—Le explicaré, señor Duc. Hoy amasar una gran fortuna cuesta mucho trabajo, es casi imposible si uno se dedica a un negocio lícito. Existen demasiados pagos, el Estado eleva constantemente sus impuestos... Sí, señor Duc, ha dado en la diana. El espionaje. Se probó que los hombres que habían pensado en eso tenían razón, ya que todos los Estados en sus presupuestos, tenían una fuerte cantidad para pagar a los espías. Y si los Gobiernos hacían eso, se debía suponer que alguien estaría dispuesto a ganarse esa plata.

—Pero también presupuestaron una cantidad para los hombres encargados de velar por su seguridad.

—Oh, sí, eso también es verdad. Pero no me negará que gracias a nosotros, el O.S.S. y el C.I.A. americanos, el *Intelligence Service* inglés, el *Deuxième Bureau* francés mejoran sus métodos, han llegado a contar con un eficiente personal y sobre todo, pueden vanagloriarse de sus héroes.

—Gundelinda, he conocido a muchos espías y he admirado a algunos de ellos porque reunían ciertas condiciones muy dignas. Pero hay algo que no me gusta encontrar en nadie, ni siquiera en un espía. El cinismo.

—¿Soy cínica, señor Duc?

—Mucho, y con todo este diálogo sólo pretende una cosa.

—¿El qué?

—Quiere dar tiempo a que su cómplice se presente para librarla de mí.

—Es cierto, señor Duc, ¿y quién no le dice a usted que mi compañero ya está ahí al lado, arrimado a la pared, acercándose al hueco?

Hubo un silencio.

Gundelinda Jackson rió y llevóse el cigarrillo a los labios. Dio una larga chupada y mientras arrojaba dos chorritos de humo por la nariz, dijo:

—Señor Duc, el hombre del que le hablé, el millonario, necesita hombres como usted... Estoy segura de que podría facilitarnos mucho el trabajo, desde su puesto en el Deuxième Bureau.

—Oh, sí, sé lo que quiere decir, rió hace falta que se extienda en explicaciones. Dígame quién es su jefe y dónde lo puedo encontrar.

—Yo le transmitiré su contestación.

—Ése es un asunto para tratarlo personalmente.

Gundelinda rió a carcajadas.

—¿Cree que soy tonta? Usted no ha considerado ni por un momento la posibilidad de trabajar para nosotros. Quiere ser fiel al juramento que prestó a su país, a su bandera.

Raymond dio una cabezada.

—Está bien, Gundelinda. Tendrá que venir conmigo.

—Usted no puede detenerme, señor Duc. Estamos en un país extranjero. Esto es Inglaterra y usted es un agente francés.

—Ya cuento con eso. Dije que vendrá conmigo porque es un secuestro.

—¿Se atrevería a llevarme a Francia por la fuerza?

—Seguro, Gundelinda. Existen procedimientos a los que el Deuxième Bureau no echaba mano hace unos años. Pero las cosas han cambiado, ustedes nos han enseñado mucho a ese respecto... Y hoy día utilizamos los mismos recursos que ustedes. Matamos sin

pestañear cuando debemos matar. Robamos si hay que robar...

—Sí, entre ustedes y nosotros cada vez existe menos diferencia. Sé que hay agentes que tienen permiso para matar y que no necesitan encontrarse en peligro para apretar el gatillo.

A Raymond le llegó el turno de sonreír.

—Bravo, Gundelinda, celebro que esté al corriente de nuestros últimos adelantos.

—Así que usted ya destripó al mono.

—Eso dije.

—Entonces, sólo queda uno, al mono que Bernard regaló a Huguette. Usted y nosotros seguiremos yendo detrás de este muñeco.

—Esta vez tendrán que desistir.

—Oh, sí, imagino por qué lo dice. Usted telefoneó a su jefe en París y le dio la pista de Huguette. Sus compañeros se han encargado de ir tras la muchacha.

—Sus deducciones son correctas, aunque lógicas.

—Entonces, ¿por qué me quiere llevar a Francia?

—Usted lo sabe perfectamente. Necesitamos desenmascarar a ese millonario del que me ha hablado. Pero tengo fundadas esperanzas de que antes de que lleguemos a París, usted me hará confidencias razonables.

De pronto, algo cruzó por el hueco de la puerta hacia la cama.

—¡No, Jim! —gritó Gundelinda Jackson.

Raymond Duc se arrojó al suelo y casi enseguida sobrevino una terrible explosión.

Raymond saltó sobre el piso con la boca abierta.

La onda explosiva le agujereó los oídos, barrenó en su cerebro...

Por un momento pensó que los ojos le iban a salir de las órbitas.

El oxígeno huyó de sus pulmones.

Anduvo a gatas hacia la otra habitación por entre una nube de humo.

Pasó a la otra parte, pero allí ya no había nadie.

Se levantó y respiró profundamente cuando estaba a punto de ahogarse. Luego, abrió una ventana.

Se puso un pañuelo en la nariz y entró en el cuarto de Claudia Roselli, cuya ventana también abrió.

Poco a poco la nube se fue disipando.

Vio a Gundelinda destrozada entre los restos de la cama. Sus ojos verdosos estaban abiertos, llenos de horror. Le salía sangre por los agujeros de la nariz.

Sin embargo, descubrió un objeto que no había sufrido ningún daño. El mono. Estaba en el rincón más alejado de la estancia, adonde había ido a parar sentado, y sonreía como si dijese: «Todo esto se debe a mí y yo no contengo ningún secreto».

CAPÍTULO VI

Raymond sostuvo una conversación telefónica con el viejo desde Liverpool. Le explicó lo que había pasado con el mono de Martine.

—Ray, no tengo mejores noticias que darle con respecto a Huguette.

—¿Qué pasó?

—No hemos encontrado ni rastro de ella... Los muchachos han trabajado de firme, no sólo en el aeropuerto de Orly, sino en todos los de Francia, estaciones de autobuses, de ferrocarriles, etc. Hasta ahora no hemos conseguido la menor noticia acerca de su paradero.

—Regresaré a Londres y continuaré allí la investigación.

—El tiempo corre muy aprisa, Ray.

—Sí, ya sé, jefe... Hay que presentar el *dossier* al presidente de la República.

—Esta misma noche enviaré un telegrama a Provenza para que me limpien la casa.

—Quizá me acerque algún día por allí para probar sus lechugas, patrón.

Colgó antes de que el viejo lo mandase al infierno.

Cuando llegó a Londres, se dirigió al apartamento de Martine.

Estaba muy cansado. No había logrado pegar ojo en el avión.

Apretó el timbre de la puerta y poco después le abrió Martine, cubriéndose con un batín, recién levantada de la cama.

El agente pasó dentro.

—Te dije que volvería, nena.

Se besaron.

Raymond se durmió treinta minutos más tarde. Había dicho a Martine que lo despertase a las ocho. Ella así lo hizo.

Después de tomar un baño, Ray fue a la cocina donde Martine había preparado ya el desayuno.

—Nena, quiero conocer a Michel Huot, ese productor de la

televisión. Puedes decirle que soy un periodista de una cadena de diarios canadienses. Estoy trazando las biografías de personajes europeos importantes que han descollado en la industria durante los últimos años. Me conociste en un cóctel, aquí en el «Hotel Internacional».

La joven fue al vestíbulo y al cabo de un rato regresó.

—Michel te espera a las diez en el gimnasio de Soma Gariévitch. Te llevaré en mi coche.

Dos minutos antes de las diez, Martine detuvo el descapotable a la entrada del gimnasio «Adán».

—Yo también me voy al salón de belleza, Ray. ¿A qué hora acabarás aquí?

—No lo sé, y también ignoro qué haré después de mi entrevista con Michel Huot.

—¿Quieres decir que esto es una despedida?

—Es posible que tenga que regresar al continente.

La joven lanzó un suspiro.

—Creí que podríamos estar algún tiempo juntos, pero fui una tonta al abrigar esa esperanza. Tu profesión no te lo permite, ¿verdad?

—Supongo que no estarás siempre en Londres.

—Dentro de un mes regresaré a París.

—Entonces, te buscaré allí.

—Eres maravilloso, Ray, el primer hombre que conozco que no me pide nada... ¿Por qué los demás son tan pesados?

Raymond conocía el secreto, pero no se lo dijo. Jamás se enamoraba de una mujer.

Como respuesta, la besó en la punta de la nariz y saltó del auto.

Entró en el gimnasio, que contaba con una moderna recepción en la que había dos chicas. Se cubrían con jersey blanco de cuello cerrado.

—Me espera el señor Huot.

—¡Oh, sí! —le contestó una chatilla de mirada picaresca—. El señor Huot se encuentra en la sala de baños turcos.

Raymond siguió las indicaciones que le dio la joven para llegar hasta la sala de baños turcos.

Lo atendió un oriental de cabeza rapada.

—El señor Huot ya terminó su baño turco, está en el gimnasio.

Raymond entró en el gimnasio. Estaba dividido en compartimientos individuales.

Un hombre con pantalones y jersey azules y zapatillas blancas estaba sentado ante una mesa.

—El señor Hout —repitió Duc.

—El número cuatro.

Raymond fue al número cuatro y golpeó la puerta con los nudillos.

—Pase.

Raymond entró.

Vio a un hombre tendido en una mesa. Sólo se cubría con una toalla. Frisaba en los cuarenta años y era un pequeño barril, de cabeza casi monda, nariz aguileña y ojos azul claro. En diversas partes del cuerpo, los muslos, el abdomen y el pecho, tenía unas correas.

—¿Quiere darle a la llavecita, señor Duc? Es la que está a la derecha.

Ray movió la llavecita y las correas se pusieron en movimiento con un ligero zumbido.

El aparato contaba con un termostato cuya aguja ascendió rápidamente.

—Todos los días vengo al gimnasio una hora... No puedo disponer de más. A las once debo estar en mi oficina... Soy poco amigo de valerme de representantes. Mis negocios son demasiado complicados y quiere atenderlos personalmente.

—¿Empezó con la televisión?

—¡Oh, no! Lo mío fue el bacalao. Compré un par de buques... Pero no crea que me quedé en tierra. Me embarqué en uno de ellos y durante un par de años estuve trabajando con eso. Se ha dicho de mí que soy un hombre afortunado y quizá tengan razón. Abandoné el bacalao el año que apenas hubo pesca. Una docena de rivales míos se arruinaron... No sé si yo me hubiese arruinado también. Quizá habría echado mano a ciertos recursos financieros que ellos no consiguieron...

—¿Qué hizo después del bacalao?

—Pensaba dedicarme al plástico, a pesar de que ya había mucha competencia. Pero encontré en mi camino a un director de teatro. Estaba desahuciado. La crítica aseguraba que poseía talento, pero el

hombre no tenía suerte. Cuatro obras que había presentado en Inglaterra fueron otros tantos fracasos. Me habló de que tenía una obra musical que daría mucho dinero. Había repetido eso a sus productores conocidos, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a arriesgar el dinero. Yo lo hice y fue un éxito. Mantuvimos la obra dos años en Londres y luego la llevamos por el resto de las islas. Eso me dio oportunidad para conocer a mucha gente relacionada con el espectáculo. Cuando me he metido en un negocio, siempre he pensado en el sistema de ganar más dinero... De pronto, lo vi claro. En un teatro el auditorio está compuesto de unos cuanto centenares de personas, mil quizá. ¿Cuál era el espectáculo que podría tener más público? La respuesta es fácil. Sólo existía la televisión. Sí, amigo mío, la televisión estaba batiendo al cine. En los Estados Unidos un telefilm con un buen reparto, se podía hacer con un presupuesto de cien mil dólares y en la primera proyección se podía sacar hasta trescientos mil. Ése era el sistema.

Hizo una pausa.

—Por favor, ¿quiere dar otra vuelta a la llave?

Raymond le dio la vuelta y la aguja del termostato ascendió nuevamente.

Las correas trabajaron los músculos y la grasa con más intensidad. El cuerpo de Huot se estremeció como un enorme flan.

—¿Fue Martine quien le habló de mí, señor Duc?

—En realidad, la primera no fue ella.

—¿Quién?

—Henri L. Bernard.

Raymond estaba mirando la cara de Michel, que temblaba por efecto de la presión de las correas.

—Oh, sí, Henri —dijo—. Lo contraté hace unos días. Fue a Estocolmo. Ha de regresar a Londres trayéndome un informe sobre la televisión de aquel país...

Dijo todo aquello con la mayor tranquilidad, en el mismo tono de voz que había estado hablando hasta entonces.

—¿Dónde conoció a Henri, señor Huot?

—En París, hace un par de meses... Encontré aptitudes en él. Es un hombre que conoce bien el negocio del espectáculo, pero hay muchos como Henri... Se han convertido en mediocridades porque les ha faltado audacia, arrojo... Es posible que si Henri continúa

conmigo se encuentre a sí mismo.

—¿Cuáles son sus inmediatos proyectos, señor Huot?

—Le sugiero que venga a mi casa a almorzar. A la una. Se lo contaré entonces. ¿Está conforme?

—Sí, señor Huot.

Le dio la dirección donde vivía.

—Hasta luego, señor Huot.

—Debo decirle que me ha gustado su forma de hacerme el reportaje. Todos sus colegas preguntan demasiado y con eso sólo consiguen interrumpir el hile de nuestros pensamientos. Usted deja hablar y es una gran virtud en un periodista.

—Gracias, señor Hout —dijo Raymond, y salió.

En el corredor vio caminar hacia una puerta a una muchacha de una belleza impresionante. Era rubia, de piel bronceada y ojos claros. Se movía como un animal felino.

La vio desaparecer por una puerta que decía en letras grandes: «Clase de judo».

Raymond abrió la puerta sin titubear y pasó al interior.

En una gran sala había una media docena de colchones especiales para la práctica del judo. Algunos alumnos estaban practicando. Casi todos eran hombres que ya pasaban de la cuarentena.

La joven no se había detenido allí, caminaba hacia una puerta del fondo por dónde desapareció.

Ray siguió el camino de la rubia. Sobre la puerta había otro letrero. «Clase especial».

Se preguntó si el cartel hacía relación al físico de la rubia, en cuyo caso era condenadamente exacto.

Abrió la puerta y la rubia se bajó rápidamente e jersey.

—No le oí llamar.

—Perdone, es mi primera clase.

Ella lo miró atentamente.

—Su nombre.

—Raymond Duc. Dígame, ¿es usted la profesora?

—Sí, y la directora también. ¿Cuándo se inscribió?

—Hace un rato.

—Le tengo dicho a la señorita White que me anuncie la llegada de los alumnos de la clase especial.

—Perdón, la culpa es mía. Distraje a la señorita White invitándola a cenar.

—Mis empleadas no aceptan cenas de los alumnos.

—Eso me dijo ella —contestó Ray con tristeza.

—Está bien, señor Duc. Allá está el vestuario. Dispóngase a recibir la primera lección.

Raymond fue al vestuario y poco después salía de allí convertido en un judoka. Se quedó perplejo al ver que la hermosa rubia era también una judoka de pies desnudos, muy bonitos porque sus uñas estaban pintadas de oro.

Se echó a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó Sonia Gariévitch.

—No quisiera hacerle daño.

Ella levantó la barbilla.

—¿Tomó lecciones de judo alguna vez?

Raymond había recibido lecciones intensivas de judo en todas sus variantes.

—Sólo las que aprendí en un libro —contestó sin embargo.

—Este deporte no se puede aprender en un libro. Es necesaria la práctica.

—Eso me dije, y por eso decidí apuntarme en su academia, Sonia.

—Usted sabe entonces como se inicia una pelea de judo.

—Desde luego. Recuerdo las instrucciones del libro.

—Empecemos una pelea formal. Quiero saber hasta dónde alcanzan sus conocimientos.

Hicieron el saludo de los judokas y acercáronse mutuamente, los dos cuerpos ligeramente arqueados.

Raymond se lanzó sobre la joven para atraparla por el brazo, pero fue ella quien lo tomó por la muñeca y lo volteó con una facilidad pasmosa.

Raymond se levantó demasiado rápido. Sonia lo estaba esperando. Le pasó el brazo por delante del cuello, la pierna por detrás, y lo volvió a voltear utilizando como punto de apoyo su rodilla.

Raymond se incorporó ya perfectamente informado de que se las tenía que ver con un enemigo nada común. Aquella hermosa rubia, Sonia, era una gran judoka.

Le había dado facilidades para que le voltease las dos veces, pero también era cierto que ella no falló una pulgada los movimientos justos.

Dejó que Sonia lo alcanzase otra vez por la muñeca y de pronto él puso en práctica uno de los conocimientos más celosamente adquiridos en el gimnasio del Deuxième Bureau.

La rubia se encontró convertida en un arco, como si su espina dorsal se fuese a tronchar.

Ray la soltó y la muchacha, al recuperar la vertical, dio una vuelta en el aire y cayó en la alfombra como una rana.

—Oh, perdón, ¿le he hecho daño?

Ray la soltó y la muchacha, al recuperar la vertical, hizo una mueca de furia, lo atrapó por el brazo y tiró de él.

Raymond se dejó llevar por el impulso y cayó sobre Sonia. Al propio tiempo, burló la llave de judo que ella quería imponerle.

Sus caras estaban muy juntas.

—No soy ningún muchacho de dieciocho años —dijo Ray—. Ya cumplí los treinta. Fue demasiado para mí.

Sonia lo estaba mirando a los ojos y Duc se dijo que los de ella eran los más hermosos que había visto en su vida.

—Suélteme, señor Duc, ya terminó la clase.

—Por mí, podemos pasar a la otra.

—Oh, no, hasta mañana no tendrá la segunda.

—No me refería al judo.

Sonia se abandonó unos segundos y entreabrió los labios, pero cuando Raymond iba a besarla, ella dio un tirón y se apartó de él.

—Suélteme o le rompo la espina dorsal, señor Duc. Raymond se levantó sonriendo.

—Aprendí mucho para tan corto rato.

—Mañana continuará las lecciones con el profesor Okiro.

—¿Una japonesa?

—Un coreano.

—Oh, no, la prefiero a usted de profesora.

—Sólo doy clases excepcionalmente. Vaya al cuarto de las duchas.

Ray echó a andar hacia la ducha que había visto en aquella habitación.

—Aquí no —dijo Sonia—. Tiene que ir a la ducha general. Ésa es

mía.

Duc miró la ducha por el hueco.

—Eh, Sonia, hay para dos plazas.

La joven caminó hacia él con los brazos levantados, otra vez en judoka.

—Salga de aquí inmediatamente.

—¿Cuándo la veré?

—Sólo nos veremos aquí, señor Duc. Y recuérdelo; usted es sólo un alumno y yo la directora de esta academia. No le valdrá ninguna clase de subterfugio para que le acepte una cena.

—¿Y qué me dice de un té?

—¡Fuera! ¡Pero no se olvide de su ropa!

Cuando salió del gimnasio. «Adán» se sentía más optimista. Debía admitir que eso sólo lo debía a Sonia Gariévitch, porque el asunto de los monos continuaba en crisis.

Michel Huot vivía en una gran casa rodeada por un extenso jardín.

Al jardinero que le salió al paso le dio su nombre.

Había hecho el trayecto en taxi.

Subid por una escalera de piedra y un criado le abrió la puerta.

—El señor Huot le ruega que espere en la biblioteca.

Ray entró en la biblioteca y el criado le preparó un *whisky*.

Las estanterías estaban llenas de libros. Allí estaba encerrada toda la ciencia humana.

El *whisky* era del mejor.

Sí, Michel Huot era un hombre práctico. Indudablemente sabía rodearse de todos los placeres que en la vida se pueden conseguir con el dinero.

Se abrió una puerta y apareció Michel Huot.

—Bienvenido, señor Duc. He pensado en usted varias veces esta mañana...

—Sentiría mucho haberle hecho perder su tiempo.

—De ninguna forma, fue un placer conocerle. Y ahora, ¿le parece que sigamos hablando?

—Estoy curioso por conocer el resto de su biografía, señor Huot.

Michel Huot invitó a Ray a que se sentase en un sillón y él lo hizo en el de enfrente. Cruzó las piernas.

—Como le dije hace unas horas en el gimnasio, siempre he

tenido en cuenta ese principio elemental de que uno debe ganar el dinero allá donde más fácilmente lo encuentre... Y después de la televisión encontré un procedimiento mucho mejor todavía para hacerme pronto con millones.

—¿Cuál, señor Huot?

—El espionaje.

CAPÍTULO VII

—¿Un cigarro? —dijo Michel Hout después de su extraordinaria confesión.

Se levantó y fue a la mesa, de donde tomó una gran caja.

—Son cigarros especiales.

Eran especiales como lo demostraba el anillo en donde figuraba su nombre.

Ray necesitaba algo más que una confesión de Michel Huot respecto a su extraordinaria fuente de ingresos para perder la calma. Aceptó el cigarro con una sonrisa.

Se había quedado sin encendedor después de la explosión de la bomba en el hotel donde se alojaba Claudia Roselli y tuvo que esperar a que Huot prendiese su cigarro para hacerlo él con el encendedor de su anfitrión.

—¿Y qué tal le va el espionaje, señor Huot?

Cada uno ocupaba otra vez su sillón y la pregunta de Ray estaba desprovista de emoción, como si amas estuviesen hablando de un partido de fútbol o analizando la política de la Gran Bretaña con respecto al Mercado Común europeo.

—No me puedo quejar. Todo consiste en organización. Yo he logrado una sin la menor fisura. Usted lo está experimentando, señor Duc. Pertenece al Deuxième Bureau, un departamento policiaco ejemplar, y que sin embargo, no ha podido ni puede nada contra mí.

Así, pues, en eso consistía todo, se dijo Ray. Michel Huot lo había desenmascarado.

Bien, al fin y al cabo, era algo que tenía que esperar constantemente en su profesión. Desde hacía rato tenía el presentimiento de que eso ocurriría tarde o temprano. Por ello no había rehuído el dar su verdadero nombre. Siempre tuvo en cuenta que el jamaicano logró escapar de sus manos en la habitación de

Mar tiñe.

—Señor Duc, le aconsejo que no saque la pistola.

—No pensaba sacarla.

—De todas formas, por si lo intenta, debo decirle que no saldrá de aquí vivo.

Ray miró a sus espaldas y vio a dos hombres junto a la pared. Cada uno de ellos manejaba un arma.

—Quiero seguir conversando con usted, señor Duc.

—Será un placer —sonrió Ray.

—En tal caso, le invito a que se ponga en pie. Mis hambres lo desarmarán y nos dejarán solos.

—De acuerdo —asintió Ray. Se puso en pie y levantó los brazos.

Uno de los subordinados de Michel lo registró, despojándolo de las dos pistolas que llevaba encima; la del jamaicano y la suya propia.

—Podéis retiraros —ordenó Huot cuando Ray quedó desarmado.

Los dos hombres desaparecieron con el mismo sigilo que habían entrado.

Michel Huot esbozó una sonrisa.

—Es el defecto que siempre he encontrado en el Deuxième Bureau.

—¿A cuál se refiere?

—Nosotros trabajamos en la sombra y ustedes han de dar la cara. Se supone que trabajan secretamente, pero en realidad, operan a la luz del día. Eso, a la larga, siempre les resulta perjudicial...

—Es posible que tenga razón, señor Huot, pero nosotros no establecimos las reglas del juego.

—Oh, sí, comprendo; fuimos nosotros. Los que jugamos al escondite llevamos la voz cantante.

—Pero no nos apartemos de la cuestión principal. Estoy muy interesado en saber qué papel jugó Henri Bernard en el robo de los documentos que tanto le interesan, señor Huot.

—Henri L. Bernard sólo fue un contacto.

—¿Quién robó los documentos?

—El coronel que se pegó el tiro fue engañado por uno de nuestros hombres. Se le dijo que sólo se trataba de realizar un somero estudio, pero los documentos no le fueron devueltos. Naturalmente, el coronel cobraba una importante cantidad... Hay

gente muy sensible, señor Duc, por eso el coronel decidió quitarse la vida...

—El coronel sanará y tendrá que comparecer ante un consejo de guerra.

—¡Qué pena...! Nos fue de gran ayuda.

—Henri L. Bernard se hizo cargo de los documentos, y vino a Inglaterra para confinarlos a usted.

—Pero no me los dio.

—¿Por qué, señor Huot?

—Debió descubrir su importancia y trató de jugar sucio con nosotros. Fue entonces cuando se le ocurrió una bonita idea: meter los documentos en uno de los tres monos que regaló a las hermanas De Berry —sonrió con ironía—. Henri se sintió patriota.

—Nos envió una carta contándonos algo, pero debió decir en qué mono había dejado los documentos.

—Henri no era una persona normal y por eso se arrepintió de trabajar con nosotros.

—¿Quiere decir que estaba realmente trastornado?

—Sí, pero yo me enteré tarde, cuando ya nos había hecho la faena. Al parecer había sido asistido por un par de siquiatras en Francia...

—Uno de ellos sería Gosselin.

—Se equivoca, Duc. El doctor Gosselin formaba parte de mi organización. Eché mano a él para hacer cantar a Henri.

—¿Va a decirme que no pudieron arrancarle ustedes el secreto?

—Le dio un ataque justamente cuando lo estábamos sometiendo al debido tratamiento. Al principio creímos que se trataba de una comedia, pero muy pronto nos convencimos de que Henri L. Bernard no estaba en su sano juicio. Tuvo que intervenir el doctor Gosselin y, gracias a sus inyecciones, pudimos saber lo que había hecho Henri con los documentos, pero cosa curiosa, él tampoco sabía en qué mono los había metido. La explicación es sencilla. Tomó los tres monos, que eran iguales, y en uno de ellos metió los documentos. Cuando lo cerró y se dispuso a regalarlos, ya no sabía cuál era el mono que había utilizado como cofre.

—¿Cómo envió Henri las cartas?

—Siempre hay alguien dispuesto a echar una mano, pero el que lo hizo ya lo pagó. Era un empleado del hospital. Supuestamente se

fue a ver a su familia en Alsacia, pero el pobre está enterrado al lado de un camino.

—Emplea usted medios expeditivos, señor Huot...

—En el negocio de espionaje uno no puede tener en cuenta los sentimentalismos o es hombre al agua.

—¿Por qué mataron al doctor Gosselin?

—Por la misma razón que al empleado. Supusimos que ustedes se pondrían en marcha al recibir las cartas. El doctor Gosselin no se distinguía precisamente por su firmeza de carácter y supusimos que en cuanto cayese en manos de ustedes, se pondría a hablar.

—¿Tiene ya el *dossier*?

—No. Esa chica, Huguette, ha desaparecido. Parece como si la hubiese tragado la tierra.

Ray sonrió.

—¿Puedo conocer el motivo de su optimismo, señor Duc?

—Ha dicho algunas particularidades de su negocio. Yo le voy a agregar otra. Entre ustedes es corriente que, cuando uno encuentra la llave del tesoro lo desee para sí y no quiere repartirlo con nadie.

—Yo entiendo, usted supone que Huguette ha descubierto por un azar lo que contiene su mono y en este momento se encuentra en un lugar que ignoramos, tratando de vender la mercancía. Es posible que haya ocurrido. Soy partidario de admitir siempre un margen de error. Ese error empezó a producirse en el momento en que Henri L. Bernard nos dio la espalda. Y la vida me ha enseñado una cosa muy importante, señor Duc: cuando uno está en la mala racha, no dejan de surgir dificultades.

—Es una razón importante para que abandone este asunto.

—Todo lo contrario. Jamás doblé mi voluntad ante el destino adverso.

—Eso podría arruinar todo lo que hizo anteriormente. —Ray dirigió una mirada a su alrededor—. Posee una buena casa y según mis noticias, una buena fortuna, ¿por qué no conformarse con lo que tiene?

—¿Conoce a alguien que se conforme con lo que tiene? No, amigo mío. Hay un gran motor que impulsa el mundo. La ambición.

—Suponga que no encuentra a Huguette.

—La encontraremos.

—El Deuxième Bureau también la está buscando.

—Nosotros la hallaremos antes.

—Parece estar muy seguro, señor Huot.

—Nosotros seguimos una pista y ustedes no tienen ninguna, señor Duc.

—¿Qué pista siguen?

—No se lo voy a decir.

Raymond dio una chupada al cigarro y arrojó el humo.

—Usted dijo antes que yo no saldría de aquí vivo.

—No soy de esa clase de malo de film policíaco que, en un momento determinado, explica al policía cómo dieron el golpe y cuáles son sus planes futuros. Michel Huot se puso en pie.

—Señor Duc, nuestra entrevista ha terminado. Y ya sabe lo que quiero decir con eso.

—Que voy a morir.

—Correcto.

—Parece olvidar uno de sus deberes como anfitrión, señor Huot, yo vine aquí invitado para almorzar.

—Sería una comida muy desagradable, señor Duc. Ya hemos dicho todo cuanto nos teníamos que decir. Permítame que almuerce solo.

Huot pasó la mano debajo de la mesa. Ray supo que había tocado un botón.

La puerta se abrió y entraron los dos hombres de antes.

—Muchachos, dejo en sus manos a mi prisionero. —Se volvió hacia Ray—. Señor Duc, tuve mucho gusto en conocerlo. No he dudado en ningún momento que as un hombre competente, pero usted también debe admitir que era absurdo pudiese conseguir un triunfo frente a Michel Huot.

Ray sintió deseos de saltar sobre Huot, pero éste retrocedía ya sonriendo.

Salíó de la habitación, dejándolo a solas con los dos verdugos.

Raymond los observó atentamente. Uno era delgado, de pómulos salientes, y el otro fornido, de cabello muy negro.

—Vamos, Duc —dijo el fornido—. Viajaremos un rato.

Salieron de la casa y se metieron en un automóvil negro.

Raymond viajó en el asiento trasero, junto al fornido, mientras el delgado se dedicaba al volante.

Abandonaron la mansión de Huot y corrieron por una carretera.

Poco después daban vista al Támesis.

El cielo estaba cubierto de nubes y una neblina avanzaba por el estuario del río.

—Eh, chicos, no me gustaría darme un baño ahora —dijo Raymond.

—Descuida, no lo sentirás —contestó el fornido.

—Así que me vais a matar antes...

—El jefe quiere estar seguro, de modo que cuando llegues al agua estarás completamente fiambre.

El delgado frenó el coche frente a un almacén que parecía estar abandonado, ya que no se veía a nadie por los alrededores.

Hicieron bajar a Ray y luego el fornido abrió una puerta.

—Adentro, Duc.

Ray se dirigió hacia la puerta.

De pronto pegó un puñetazo al delgado, que estaba más cerca del hueco, y entró corriendo al tiempo que cerraba.

No le hicieron ningún disparo. Se encontró en una nave que estaba a oscuras, sólo del fondo llegaba una luz a través de un ventanuco.

Corrió a ciegas y tropezó con un hierro.

Rodó por el suelo en el momento en que se abría la puerta y los dos verdugos entraban. Uno de ellos, el fornido, se echó a reír.

—Eh, Ray, esto no tiene salida. Al colarte te metiste en una trampa... ¿Lo oyes bien? No puedes escapar.

Peter y yo podríamos estar aquí fumando un cigarrillo sentados junto a la puerta y luego ir en tu busca con la seguridad de que te encontraríamos.

Ray miró el ventanuco por dónde se filtraba la luz y soltó una maldición al ver que estaba defendido por una reja.

Ellos decían la verdad. No tenía escapatoria.

El delgado estaba soltando maldiciones por el golpe que había recibido.

—Déjalo para mí, Víctor. Ese bastardo me va a pagar lo que me hizo.

—Está bien, Peter, es tuyo.

—No hace falta que vengas conmigo. Me basto yo sólo para aplastarlo como una cucaracha.

Raymond oyó los pasos de Peter. Empezó a moverse y encontró

una escalera de hierro.

Subió por ella.

Peter hizo un disparo y la bala chocó contra uno de los hierros y rebotó produciendo un agudo silbido.

Ray continuó subiendo por la escalera en zigzag.

—Eh, Peter —habló Víctor desde lejos—. Vas a tener una buena cacería. La liebre quiere encontrar un agujero.

—No lo hay, Víctor —contestó Peter—. Tú sabes que no lo hay...

Raymond llegó al final de la escalera y se encontró en un corredor. Ahora estaba más cerca del ventanuco por dónde entraba la luz.

Peter subía la escalera de hierro con calma. Se sabía armado, mientras Ray estaba indefenso.

—Eh, Duc, deja ya de jugar al escondite. Quédate ahí. ¿Por qué prolongar tu agonía...? Será mucho más fácil que termines de una vez.

Ray no le contestó.

—Duc, te ofrezco una solución. Ponte cara a la pared, con los ojos cerrados. Yo llegaré por detrás y te meteré un par de tiros en la espina dorsal. Con eso ni te enterarás.

Raymond estaba agachado. Se quitó un zapato y se alejó un poco más de la escalera.

Peter continuaba subiendo. Ya estaba muy cerca.

Vio aparecer su cabeza.

Entonces dio un paso adelante y arrojó el zapato.

El improvisado proyectil golpeó contra la cabeza de Peter.

Raymond corrió detrás y se lanzó sobre él.

Peter levantó la pistola y apretó el gatillo.

La bala pasó por debajo de la axila de Ray rugiendo como un demonio, pero el agente logró trabar a Peter por los brazos y los dos golpearon contra la barandilla de hierro.

Peter levantó otra vez la pistola. Por un momento el cañón apuntó al estómago de Duc, pero el agente se dejó caer en el suelo y apoyando los pies en el vientre de Peter, le volteó hacia atrás.

Peter se estrelló en el suelo y rodó hacia la pared.

La pistola quedó sin dueño, a media distancia entre los dos rivales.

Ambos echaron a correr al mismo tiempo hacia el arma.

Raymond golpeó con fuerza en la mandíbula de Peter haciéndole retroceder otra vez contra la pared, pero cuando saltaba para coger el arma, Peter le disparó la pierna.

Ray recibió el impacto en el pecho, cayendo otra vez de espaldas.

Peter se disponía a atrapar el arma cuando Ray le acertó en el cuello. Otra vez se golpearon con salvajismo junto a la barandilla de la plataforma.

Ray hundió el puño en el hígado de Peter y cuando éste se agachaba, le sacudió un terrible izquierdazo en la mandíbula.

Peter salió disparado con la fuerza de un proyectil. Golpeó contra la barandilla y dio una voltereta, desplomándose en el vacío.

Un aullido acompañó su caída. Luego... un golpe sordo y el silencio.

Ray había quedado con las piernas abiertas en compás, respirando entrecortadamente.

Oyó los pasos de Víctor abajo.

—¡Peter! —lo oyó exclamar cuando identificó a su compañero.

Raymond atrapó la pistola que había pertenecido a Peter.

—Eh, Duc —habló Víctor desde abajo—. Mataste a mí amigo, lo convertiste en pulpa, maldita sea, pero ya te dije que saldrías de aquí muerto...

Luego se hizo otra vez el silencio.

Raymond tenía ahora un arma. Podía acabar con Víctor.

Vio al fondo una escalerilla de hierro. Víctor podía llegar por ella o por las otras dos que había en la pared frontal. Todas estaban envueltas en la oscuridad salvó una de ellas, iluminada por el ventanuco.

Prestó atención para ver por cuál subía, pero no oyó nada.

Víctor se habría despojado de los zapatos.

Tuvo una idea.

Se quitó también el otro zapato y lo envió a hacer compañía al primero.

Oyó el golpe que producía el zapato en el piso bajo.

Entonces Ray comenzó a bajar por la escalera.

Se detenía de vez en cuando mirando a todas partes.

Él también estaba ahora en la zona invadida por la oscuridad.

De pronto, lo vio a lo lejos, en la escalera más cercana.

Víctor lo descubrió también a él e hizo un disparo.

La bala pasó por encima de la cabeza de Ray.

Duc replicó apretando dos veces el gatillo. El primer proyectil tampoco dio en el blanco, pero sí lo hizo el segundo.

Víctor se levantó y trató de agarrarse a la escalera, pero falló en su esfuerzo y rodó como una pelota por los escalones de hierro, golpeándose una y otra vez hasta que por fin llegó abajo. Todavía se movió un poco y luego quedó inmóvil, despatarrado.

Ray acudió a su lado.

Le atrapó la cabeza por el cuello y la levantó.

Víctor tenía los ojos vidriosos. Arrojava sangre por los agujeros de la nariz y por la boca. La bala le había alcanzado en el centro del pecho y se había estropeado mucho el físico en la caída.

Los dos verdugos habían quedado listos, pero eso sólo era un episodio de la lucha que ahora tenía planteada con Michel Huot. El productor de la televisión, al propio tiempo jefe de un *gang* dedicado al espionaje internacional, no había conseguido todavía el *dossier* secreto, pero estaba en camino de apoderarse de él. El propio Huot le había dicho que seguía una pista y se había mostrado muy seguro de que se apoderaría de los documentos antes de que pudiesen caer en manos del Deuxième Bureau.

No, no podía volver a la casa y detener a Michel Huot. Él era un agente al servicio de un país extranjero, y suponiendo que hubiese tenido pruebas contra Huot, debía enviarlas a París, iniciarse un proceso de extradición... Le dio risa pensar que todo eso exigía mucho tiempo y el presidente francés debía recibir el *dossier* de la operación «Bizcochos con Chocolate» cuarenta y ocho horas más tarde.

De todas formas montó en el auto y se dirigió a la mansión de Huot.

En el camino se detuvo en un bar. Entró en la cabina telefónica y marcó el número del hombre que había ordenado su muerte.

Le contestó un criado, a quién dijo deseaba hablar con su patrón.

—Lo siento, pero el señor Huot no le puede atender.

—Me atenderá cuando sepa quién soy, Raymond Duc. Ande, vaya corriendo a avisarle, tengo prisa.

Un segundo más tarde, Ray oyó la voz de Huot.

—¿Peter, Víctor...? ¿Es alguna broma?

—Disculpe, señor Huot, pero Peter y Víctor no pueden atenderle ahora ni nunca.

—¿Cómo ha podido...? —Huot se interrumpió y se echó a reír—. Lo he subestimado, ¿verdad, señor Duc? Debí suponer que para un agente del Deuxième Bureau sería fácil deshacerse de dos estúpidos muchachos con los sesos de un mosquito.

—No crea que resultó fácil, señor Huot, pero no es de eso de lo que quiero hablarle.

—¿De qué se trata entonces?

—Usted lo sabe. Del *dossier*. Renuncie a él. Mientras conservó el incógnito, era simple para usted apoderarse de los documentos, pero ahora que lo conozco nunca podrá hacerlo.

—Le demostraré que se equivoca, señor Duc —dijo Huot, y colgó.

Raymond lo hizo también sintiendo un hormigueo en el estómago y montó otra vez en el coche, emprendiendo el camino hacia la mansión de Michel Huot.

Recorrió las seis millas que lo separaban de la casa de Huot a una velocidad fulgurante y estacionó el coche a la entrada...

El jardinero estaba a la puerta fumando un cigarrillo.

—Usted es el señor Duc, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo un mensaje para usted del señor Huot. Se marchó.

—Démelo.

El tipo le entregó un sobre. Dentro había un papel en blanco en el que leyó:

«El *dossier* no está en Londres, y yo voy por él. ¿Ve qué sencillo, señor Duc? Ustedes pierden y yo gano».

Estaba firmado con una H.

Raymond dobló el papel y lo guardó en el bolsillo.

—¿Adónde fue su patrón, muchacho?

—Lo ignoro.

No dudó de que decía la verdad. Michel Huot no debía haber informado a nadie cuál era su destino.

Sólo podía hacer una cosa, ponerse en contacto con el viejo e informarle de lo ocurrido. El viejo tendría que echar mano a todos los recursos del Deuxième Bureau para descubrir adónde iba Michel Huot, pero ¿a qué conducía eso si Huot se dirigía a un punto situado en la misma Inglaterra?

Cuando el viejo sopo toda la historia, opinó lo mismo que él.

—Ray —le dijo—, daré orden general para que tracen tío localizar a Michel Huot, pero no tengo muchas esperanzas. Continuamos sin noticias acerca de Huguette y de su ingeniero, que ha resultado ser un italiano. Trabajaba para una compañía dedicada a la fabricación de aparatos electrodomésticos. Tenemos su descripción, pero tampoco nos ha servido de nada. Salió de Milán hace quince días con un mes de vacaciones... Muchacho, tendré que preparar mi maleta.

—Está bien, jefe, pero no compre todavía el billete para Provenza.

—¿Tiene alguna esperanza?

—Un poco más que usted —dijo Ray, y colgó.

Después de la conversación telefónica con su patrón, Raymond se dirigió de nuevo al gimnasio «Adán».

En la recepción encontró a dos chicas distintas a las que había conocido aquella mañana, pero tan atractivas como ellas.

—Quiero hablar con Sonia, la directora.

—La señorita Gariévitch no está aquí.

—Muy bien, dígame dónde la puedo encontrar.

—Lo siento, pero no conozco el destino de su viaje.

—Hará un flaco favor a su directora si no me lo dice. Soy representante de una importante casa de artículos para deporte. Estoy en situación de ofrecer a la señorita Gariévitch un equipo completo con una baja en el precio de un cincuenta por ciento en relación al precio normal del mercado.

—Perdone, señor, pero le aseguro que ignoro a dónde ha ido la señorita Gariévitch.

—Quizá alguien lo sepa... El secretario de la señorita Gariévitch, o la persona que ocupe su lugar aquí durante su ausencia.

—Vaya a la Dirección y hable con el señor Allan Holmes.

Raymond entró en la oficina de la Dirección sin llamar.

Un hombre estaba hablando por teléfono. Era rubio, bien

parecido, con cuerpo de atleta.

—De acuerdo, nena —decía por el micro—. Lo tendré en cuenta. Enseguida *colgó* y dirigió una mirada sin vida a Duc.

—¿Quién es usted?

—Raymond Duc.

—Nunca oí su nombre.

—¿No le habló Sonia Gariévitch de mí?

—No. ¿Tenía que hablarme?

—¿Dónde fue ella?

—¿Fue a alguna parte...?

—Eso hace más interesante la respuesta a mi pregunta.

—No. ¿Tenía que hablarme?

—¿Por qué lo cree así?

—Porque usted está ocupando su lugar y sabe perfectamente que se marchó y sus palabras me indican que sabe dónde podría encontrarla.

—Si ya ha terminado de decir tonterías, salga de aquí.

—No, no voy a salir.

Allan Holmes puso los brazos en jarras y sonrió.

—Soy cinturón negro del katara. ¿Sabe lo qué es? Una especialidad del judo. Hay muy pocas personas que conozcan esa clase de lucha. A cada golpe le puedo quebrar un hueso.

—Ya estoy temblando.

—Se lo advierto, si escapa ahora por la puerta se habrá librado de una buena.

—Prefiero aprender.

—Se necesitan largos años para practicar esta especialidad del judo.

Allan Holmes dio la vuelta a la mesa, avanzando sobre Ray.

Se fue agachando lentamente y de pronto saltó sobre Duc. El agente le disparó el puño a la cara, pero tuvo la impresión de que una fuerza invisible le atenazaba el brazo antes de que llegase a las narices de Holmes. Luego se dio cuenta de que no era tal puño invisible, sino la mano de Holmes, que como una garra, lo había atrapado en el camino anulándole todo impulso.

Raymond esperó salir despedido por encima de la cabeza de Holmes o que éste lo voltearía con una simple llave de judo. No fue así.

Allan Holmes saltó hacia la derecha llevando siempre consigo el brazo derecho de Ray.

Ray sintió un fuerte tirón en el omoplato. En el último instante se dejó llevar por la terrible fuerza que Holmes había desencadenado.

Eso le hizo cruzar el espacio como una exhalación.

Luego Holmes le soltó en el aire.

El agente del Deuxième Bureau golpeó contra la pared. Por suerte cayó en un sillón y de allí rebotó al suelo.

Mientras se levantaba, dirigió una mirada a Holmes, quien lo esperaba sonriente.

—Éste es uno de los cinco golpes del katara. ¿Le rompí un hueso?

—Todavía no.

—Sí, ya vi que usted dio la vuelta sabiamente. Si no lo hubiese hecho, a estas Loras tendría el brazo sacado de su sitio, o partido en dos. Pero a la próxima no le valdrá su agilidad, señor Duc. Se lo puedo asegurar.

Ray se puso en pie, dándose a todos los demonios.

Holmes se acercó otra vez a él e hizo lo mismo que antes. Se agachó.

Raymond disparó el puño, pero fue, sólo un amago.

Levantó la pierna y su zapato golpeó en la mandíbula de Holmes, derrumbándolo en el suelo.

No podía dejar que se recuperase porque ahora sabía con toda seguridad que su rival cumpliría lo que había dicho, y él necesitaba todos sus miembros para acabar con Michel Huot.

Le golpeó con el filo de la mano en el cuello. Holmes estrelló la cara contra el suelo.

Lo volvió a golpear en la espalda y vio cómo la cara de Allan se ponía cárdena porque le había cortado la respiración.

Holmes ya no era enemigo.

Lo atrapó por el cuello de la camisa y lo arrojó en un sillón donde quedó sentado sin fuerzas.

—¿Dónde fue Sonia?

—Váyase al infierno, maldito.

Ray le soltó una bofetada.

—Te voy a desollar, Holmes.

—¿Es que no me ve cómo estoy?

—¿Qué ibas a hacer tú conmigo, Holmes? ¿Dónde está Sonia? Habla o te juro que empiezo por echarte los dientes abajo.

—En Roma.

—Roma es muy grande. ¿Qué parte de Roma?

—No lo sé.

Ray le soltó otra bofetada.

—Vamos, ¿qué parte de Roma?

—Le juro que no lo sé.

—¿Con quién viajaba?

—Sola.

Ray levantó el puño para estrellárselo en la boca.

—Iba con Michel Huot, en un avión particular...

—¿Qué sabes del negocio de Sonia Gariévitch y Michel Huot?

—No sé qué clase de negocio es. Sonia sólo me dijo que no dijese a nadie adónde iba, que era muy importante para ella.

Ray consideró como posible que Holmes no estuviese informado del otro negocio de Sonia, y por otra parte, ya no podía quedarse allí porque Michel Huot le había tomado una buena ventaja.

Abandonó el gimnasio y minutos más tarde conferenciaba con el viejo.

—Ray, fue un buen trabajo. Hay dos agentes de nuestro grupo en Roma. Ellos vigilarán el aeropuerto y seguirán a Michel Huot.

—Yo saldré en el primer avión para Italia, jefe.

—Bien hecho, muchacho. Recibe mi bendición.

Raymond colgó y una hora más tarde volaba hacia la ciudad del Coliseo y las catacumbas.

CAPÍTULO VIII

Cuando Ray llegó al aeropuerto de Roma, sus dos compañeros le salieron al encuentro. Conocía a ambos. Uno era Ronan Peillon y el otro Gilíes Marchant.

—Nos informó el viejo —dijo Gilíes—, pero ha habido mala suerte.

—¿Qué pasa, muchachos?

—Michel y Sonia Gariévitch no han pasado por aquí.

—¿Estáis seguros?

—Vigilamos bien, no nos fiamos de los nombres sino de nuestros ojos.

—¿Tenéis noticias de otros aeropuertos?

—Sí, las recibimos cada día media hora. Nos ayuda la policía italiana. Ellos tienen la descripción de Michel y Sonia, pero tampoco ha servido de nada.

—Sí, ya sé, han podido aterrizar en cualquier campo privado. O quizá se infiltraron por entre la red de la policía. No podemos estar seguros de nada.

—Continuaremos aquí.

—Ya no hace falta. A estas horas deben estar en Roma o muy cerca de ella. Vamos a la ciudad.

Los tres compañeros viajaron en un auto.

Gilíes informó que estaban hospedados en el hotel «Calabria», y que habían reservado una habitación para él.

Mientras Ray tomaba un baño, sus dos compañeros estaban trabajando. Dieron cuenta a la policía italiana que enviasen los informes a aquel número y también uno de ellos, Gilíes, sostuvo una conversación telefónica con el viejo.

Cuando Ray salió del cuarto de baño secándose con la toalla, Gilíes anunció:

—El patrón encajó mal la noticia de que Michel y Sonia lograron

burlarnos.

—Raymond —intervino el otro agente, Peillon—, ¿y si te hubiesen engañado? ¿Y si el destino fuese otro y no Roma?

—Hemos de pensar que no me engañaron y que fue Roma. Ya no hay tiempo para ir a otra parte.

Raymond empezó a vestirse.

—Si al menosuviésemos alguna pista que nos llevase hasta Huguette y el ingeniero Marotti...

En aquel momento sonó el teléfono.

Gilíes, que estaba más cerca, lo tomó.

—¿Sí...? ¿Cómo...? —Cubrió el micro con la mano—. Ya han hallado al ingeniero Marotti... Muerto.

—¿Dónde?

—En una carretera, treinta kilómetros al norte de Roma.

—¿Cómo murió?

—Tenía alrededor del cuello un pañuelo rojo de mujer.

—Lo mismo que Henri Bernard —dijo Ray—. ¿Qué hay de Huguette?

—No se sabe nada.

—¿Encontraron algún coche cerca?

—Nada. Sólo el cadáver de Luigi Marotti. Lo debieron matar hace tres o cuatro horas.

Gilíes atendió al policía italiano que estaba al otro lado del cable.

—Sí, llegó nuestro compañero de Londres, pero no pudimos conseguir nada en el aeropuerto de Roma... Sí, le escucho... —Gilíes hizo otra pausa y luego colgó—. Acaban de recibir una noticia. Un campesino asegura haber visto a una mujer y un hombre que responden a la descripción de Huguette y Luigi Marotti.

—Pero Marotti está muerto.

—El campesino dice que los vio esta mañana.

—¿Dónde?

—En un lugar llamado Pitigliano, en Grosseto.

Peillon ya estaba extendiendo un mapa de la zona de Italia central. La provincia de Grosseto estaba justamente al norte de Roma, siguiendo la costa hacia el golfo de Génova.

—Muchachos —dijo—, la muerte de Luigi sólo quiere decir una cosa.

—Que ellos tienen en su poder a Huguette —contestó Ray—. Por eso Michel Huot me dijo que nosotros jamás podríamos apoderarnos del *dossier*. En ese momento él sabía que el *dossier* estaba al alcance de su mano...

—Desgraciadamente, han transcurrido muchas horas desde que ese campesino vio a Huguette y Marotti... ¿Qué podían estar haciendo por allí?

—Tenemos dos teléfonos, el de la habitación de al lado y éste. Llamaremos a todos los hoteles de esa zona. Vamos, muchachos, en marcha. Forzosamente Huguette y Marotti tuvieron que parar en alguno... Manos a la obra.

Media hora más tarde, los tres agentes recibieron el premio a sus esfuerzos.

Un hotel, el «Bolsena», a orillas del lago del mismo nombre, en la provincia de Roma, dio respuesta de que allí se hospedaban dos personas cuya descripción correspondía a la de Huguette y Marotti, aunque sus nombres eran distintos. Ella era Françoise y él Vincenzo Bianco. Aseguraban ser matrimonio residente en Milán. Se habían marchado aquel día temprano a hacer una excursión, pero aún no habían regresado.

Los tres agentes no perdieron un minuto. Poco después de haber recibido aquella noticia se ponían en camino hacia el lago Bolsena.

El hotel se llamaba «Cambanaro». A su llegada, Ray se entrevistó con el director gerente, un italiano bajito, rechoncho, de cabeza calva, que respondía al nombre de Palmiro Spartivento.

Ray dijo ser amigo del matrimonio Bianco. Necesitaba hablar con ellos para solucionar un asunto urgente.

—La señora Bianco es muy simpática y también él, desde luego, pero ella le gana —contestó el gerente.

—¿Adónde fueron?

—Se interesaron mucho por los alrededores del lago Bolsena. Preguntaron qué sitios eran los más bellos.

—¿Y por cuál se decidieron?

—Primero iban a ir a la iglesia de la Virgen de las Nieves, en el monte Volsi. Eso fue lo que dijeron.

—¿Y luego?

—Esta tarde verían la puesta del sol desde el parador de Bolsena, al este del lago. Hay una buena carretera.

—¿Hicieron amistad con alguien?

—No, que yo sepa.

Raymond hizo un disparo al aire.

—Creo que el señor Bianco me dijo que venía al lago Bolsena para entrevistarse con unos amigos, pero no recuerdo su nombre.

—Oh, sí, también preguntaron dónde estaba situada Villa Lido.

—¿Quién vive allí?

—El señor Treni, un caballero muy rico.

—¿A qué se dedica?

—No lo sé... Compró la villa hace cosa de dos años.

Raymond sintió que el corazón le golpeaba fuertemente contra las costillas. Tenía la impresión de que Treni podía ser Huot. Había empezado a considerar la hipótesis de que Huguette hubiese cometido el error de hacer una oferta a Huot. Eso significaba que la joven había hecho su investigación particular llegando a saber que Huot era el jefe de la organización secreta.

—¿Cómo es el señor Treni?

—Yo sólo lo vi dos veces.

—Pero podrá hacer una descripción.

—Sí, desde luego.

El señor Spartivento se quedó un momento pensativo y luego agregó:

—Unos treinta y cinco años, cabello rubio... No es muy alto, debe ser un italiano de la parte del Tirol.

Ray se sintió decepcionado. No, Treni no se parecía en nada a Huot. Su hipótesis se había venido abajo. Temió que todo lo demás que había montado sobre la presencia de Huguette y Luigi Marotti estuviese basado sobre un cúmulo de coincidencias. ¿Por qué no? Huguette y Luigi habían ido allí cómo podían haber ido a otra parte, y lo único que pasó es que les dieron caza en aquel lugar porque era donde se encontraban. En ese caso sus compañeros y él no tenían nada que hacer porque Huguette, Sonia Gariévitch y Michel Huot se podían encontrar ahora a quinientas millas del lago Bolsena.

—¿Por dónde puedo llegar a Villa Lido?

Spartivento le dijo por dónde tenía que ir y Ray le dio las gracias y abandonó el hotel, reuniéndose con sus compañeros, a quienes explicó el resultado de su conversación con Palmiro Spartivento.

—Gilíes —dijo Ray—, métete en la habitación de Huguette y Luigi, y asegúrate que allí no está el mono.

Gilíes se introdujo en el hotel. Regresó al cabo de unos minutos.

—Ni rastro del mono —dijo—, pero encontré un papel en donde había escrito un número de teléfono de Roma.

—Esperad, muchachos —dijo Ray—, voy a hacer una comprobación.

Se metió en la cabina telefónica del hotel y pidió una conferencia con la policía de Roma, preguntando por el inspector que estaba colaborando con ellos y atendía por el nombre de Alberto Riva.

Ray le dijo que necesitaba saber a quién correspondía el número de teléfono encontrado por Gilíes en la habitación de Huguette y Marotti. Sólo tuvo que esperar dos minutos para saber que el número correspondía a una tienda de antigüedades de la que era propietario Sandra Narvola. No existían antecedentes policíacos acerca de ella, pero en un plazo de una hora podría darle un informe.

Raymond dio las gracias y quedó en hacer otra llamada.

Cuando estuvo con sus compañeros, dijo:

—Voy a conocer al señor Treni, en Villa Lido. Vosotros me esperáis aquí.

Mientras hacía el viaje, Ray tenía la impresión de que el caso estaba llegando a su fin. Los acontecimientos se habían precipitado últimamente.

Conservaba una esperanza: Que Huguette hubiese jugado bien sus naipes, para lo cual tenía que haber escondido el mono en alguna parte, exigir el pago de un precio y entregarlo después. Bueno, ¿por qué pensar en lo que podía estar pasando?

Villa Lido era muy hermosa.

Hizo sonar una campana, junto a una puerta enrejada.

Vio venir hacia él a un hombre de unos cuarenta años.

—¿Qué desea?

—Mi nombre es Claude Chase. Una amiga mía, la señorita Fachan, me citó aquí.

El hombre que había a la otra parte observaba atentamente por entre las rejas el rostro de Duc.

Ray notó que titubeaba unos instantes y por fin abrid la puerta.

—Pase, señor Chase, no sé nada respecto a la señorita que menciona, pero se lo preguntaré a mi patrón el señor Treni.

—Gracias.

Raymond siguió a su guía hasta una terraza donde sentado en un sillón de mimbre vio a un hombre que respondía al retrato físico que el gerente del hotel le había hecho del señor Treni.

—El señor es Claude Chase. Busca a la señorita Fachan.

El hombre rubio ya había alzado los ojos mirando a su visitante.

—Oh, sí, Huguette... Encantado de conocerle, señor Chase.

—Lo mismo digo.

—Busca a Huguette, ¿eh? Encantadora muchacha...

¿Quién le dio esta dirección?

—En el hotel donde ella se hospeda.

Los ojos de Treni brillaron un instante y Raymond apostó a que aquella llama se debía a la ira, pero enseguida el rostro del señor Treni se suavizó.

—Estuvo aquí esta mañana, almorzó conmigo.

—¿Sola?

Treni se tomó unos segundos para contestar.

—No, venía con ella un hombre, no le presté mucha atención. Se llamaba algo así como Moranti... Moretti...

—Marotti.

—Eso es, Marotti.

—¿A qué hora se marcharon de aquí?

—Alrededor de las dos.

—¿Adónde fueron?

—Lo siento, pero no lo pregunté, la verdad es que imaginé que regresaban al hotel... Disculpe, pero hace usted un interrogatorio muy parecido al que haría un policía.

—Señor Treni, soy un policía.

Treni frunció el ceño.

—¿Puedo preguntarle cuál es el motivo de su visita a esta casa?

—El señor Marotti Ira sido asesinado.

—¿Cómo?

—Su cuerpo fue encontrado muerto esta tarde a treinta kilómetros de Roma. Lo estrangularon con un pañuelo rojo, un pañuelo de mujer.

—¿Un pañuelo rojo dice?

—Sí. ¿Por qué?

—Huguette traía un pañuelo rojo cuando llegó a casa esta mañana... Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Al parecer, conocía usted a Huguette.

—Sí.

—¿Dónde la conoció?

—En Roma, hace algún tiempo.

—¿Cuándo?

—No lo recuerdo exactamente. Pudo ser hace dos meses, tres...

—Miente, señor Treni.

—¿Cómo se atreve...?

—Huguette no estaba en Roma hace dos o tres meses.

Treni empezó a desmoronarse.

—Oiga, yo no sé nada, no tengo nada que ver con la muerte de ese Marotti... Absolutamente nada.

—¿Conoce a Michel Huot?

—No.

—¿A Sonia Gariévitch?

—Nunca oí ese nombre.

—Ha contestado muy rápidamente a esas preguntas.

—¿Cómo quiere que conteste si no conozco a esas personas?

—Es normal que uno se tome unos cuantos segundos para investigar en la mente sobre la persona por la que se pregunta.

En la cara de Treni se habían formado ya pequeñas gotas de sudor.

—Dígame, señor Treni, ¿por qué vino aquí Huguette con el señor Marotti?

—Le repito que no sé nada.

—Su casa sirvió de cita, ¿eh?

—No entiendo lo que dice.

—Aquí se citaron Michel Huot, Sonia Gariévitch, Huguette y Marotti.

—Le repito que no conozco a esas personas, sólo a Huguette.

—Usted sirvió de intermediario, e imagino por qué. Está al servicio de Michel Huot.

—No.

—¿A qué se dedica, señor Treni?

—Vivo de rentas.

—¿Y antes?

—Hice negocios.

—Yo sé a qué clase de negocios se dedicaba antes y ahora. Al espionaje. Trabaja por cuenta de Michel Huot... Señor Treni, levántese.

—¿Para qué?

—Quiero ver su casa, y le voy a pedir un favor: obedezca sin rechistar. El tiempo es precioso para mí en estos momentos. No me lo haga perder, o lo sentirá.

Entraron en la casa.

Raymond vio una sala con un tresillo. No tenía nada de particular. A la derecha había una escalera de caracol.

—Subiremos —dijo—. Usted primero, señor Treni.

Subieron por la escalera de caracol.

Arriba había un corredor con tres puertas.

Treni abrió la primera. Era un dormitorio.

—¿Quiere entrar? —dijo Treni.

—No, desde aquí veo que todo está en orden.

—Las otras habitaciones tampoco tienen interés para usted, se lo aseguro...

—Abra la segunda puerta.

Era otro dormitorio perfectamente en orden.

—Vamos a la tercera —dijo Ray.

Treni se apretó las manos nerviosamente.

—Oiga, ¿no habría alguna forma de arreglarlo...?

—Ya sé, me quiere sobornar...

—Estoy dispuesto a pagarle bien —tartamudeó Treni.

—No sabe lo que dice. Abra la tercera puerta, rápido.

Treni movió la cabeza en sentido afirmativo y abrió la tercera puerta.

Entonces Raymond comprendió por qué Treni había intentado el soborno antes de abrir aquella habitación. Se encontró con un verdadero laboratorio químico y fotográfico.

Empujó a Treni al interior. En una mesa había pasaportes y carnets de diversa índole. Por los recortes que vio en el suelo dedujo que Treni había trabajado recientemente allí. En una mesa observó tres recipientes de cristal y cada uno de ellos contenía un tinte distinto.

—De modo que estuvieron aquí.

—Sí —dijo Treni, dejándose caer en un sillón—. Michel Huot y Sonia Gariévitch.

—¿Mataron aquí a Marotti?

—No, se lo juro. Salieron de la casa por su propio pie... Yo no habría podido consentirlo... No soy un asesino.

—¿Cuál es su verdadero nombre, Treni?

—Marcos Sorel.

—¿Antecedentes?

—Estuve tres veces en la cárcel.

—¿Desde cuándo trabaja para Michel Huot?

—Dos años.

—Bien, ahora sólo me interesa lo que se refiere a Michel Huot. ¿Qué pasó aquí? ¿Cómo estableció contacto con usted Huguette?

—Yo no intervine para nada. Huot me telefoneó desde Londres, me dijo que vendría una muchacha, Huguette, y su acompañante, Luigi Marotti. Esperarían aquí a que él llegase... Eso era todo.

—¿No le dijo qué clase de negocio iba a realizar?

—No, no me dijo nada, pero luego hubo otra llamada telefónica del señor Huot. Dijo que la policía le pisaba los talones y que necesitaba varias cosas de mí. Tenía que preparar dos pasaportes falsos. Lo acompañaría Sonia Gariévitch. Yo debía adelantar todo lo que pudiese mi trabajo, terminarlo en el más breve plazo posible.

—¿Cuánto tiempo estuvieron aquí?

—Sólo una hora. Se fueron hace cuatro.

—¿Adónde?

—No lo dijeron.

—¿Qué nombre tiene ahora Michel Huot?

—Fredéric Depar.

—¿Y Sonia Gariévitch?

—Tatiana Leus.

—Escuche, Treni; ¿traía algo Huguette?

—Sólo un bolso.

—¿Qué clase de bolso?

—El corriente que usan las mujeres.

Raymond se dijo que si era así, Huguette no podía haber traído el mono.

—¿Cuál fue el diálogo que entablaron aquí Huguette y Michel

Huot?

—Huot preguntó a Huguette si había traído la mercancía y ella le contestó que no, que la tenía en sitio seguro porque no se fiaba de nadie. Huguette preguntó a su vez si él había traído el dinero y entonces Huot se lo enseñó.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil dólares.

—¿Cuál fue el acuerdo entonces?

—Huguette dijo a Huot que lo acompañaría hasta el lugar donde tenía escondida la mercancía.

—¿No dijo dónde?

—No, señor.

—Treni, va a venir conmigo.

—Sí, señor.

Primero salid Treni y en eso se oyó un estampido.

Treni se derrumbó sobre Ray, pero éste lo sostuvo antes de que llegase al suelo.

El criado estaba abajo con una pistola en la mano y disparó otra vez, pero su bala golpeó contra uno de los barrotes de la escalera.

Ray apretó el gatillo.

El criado se derrumbó en el suelo y quedó con brazos y piernas abiertos en cruz. Su cara había sido destrozada por el proyectil.

Ray entró en la habitación.

Treni estaba herido gravemente en el pecho.

—Lo siento —dijo Ray.

—Esto tenía que acabar así alguna vez —dijo Treni, y arrojó una bocanada de sangre.

—Treni, ¿está seguro de que no sabe adónde fueron?

—No... No lo sé... —Luego exhaló un suspiro y su cabeza se dobló hacia la derecha, relajando todo el cuerpo.

CAPÍTULO IX

Raymond abrió la puerta del negocio de antigüedades de Sandra Narvola y se produjo un campanillazo.

El interior del establecimiento estaba sumergido.

Le bastó una mirada para darse cuenta de que el local era de lujo entre los de su clase. Estaba decorado con mucho gusto y todo parecía limpio, ordenado.

Una joven que se cubría con un guardapolvo estaba mirando con una lupa un libro de páginas amarillas.

—Buenas tardes, caballero.

—Quisiera hablar con Sandra. Soy un cliente suyo; pero hasta ahora no la conocí personalmente.

—Oh, sí, tenemos muchos clientes con los que nos entendemos por correspondencia, pero me temo que Sandra no podrá atenderle.

—¿Acaso no se encuentra en Roma?

—Oh, sí, está en el negocio, pero se encerró en su gabinete de trabajo y dijo que no se la molestase.

—Lo siento, pero mi estancia en Roma va a ser muy corta. Estoy segura de que Sandra hará una excepción...

—¿A quién debo anunciar?

—René Triolet.

La joven desapareció entre unas cortinas. Transcurridos unos minutos salió a la tienda.

—Puede pasar, señor Triolet. Sandra lo recibirá aunque le ruega sea breve.

—Lo seré.

La joven le señaló el camino que debía seguir.

—Es la habitación que está al fondo del corredor.

Raymond empujó la puerta.

Sentada tras una mesa estilo Renacimiento vio una pelirroja que defendía sus ojos con lentes de carey. Podía tener treinta o treinta y

cinco años y era atractiva, de busto desarrollado que cubría con un jersey color verdoso, muy fino.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Triolet?

—Busco un mono.

—¿Cómo?

—Un mono.

—Imagino que no se habrá confundido de negocio; esto no es un zoo.

—Es raro que usted diga eso, Sandra. He visto muchas antigüedades de tipo oriental, cuya figura es un mono. Sin ser un especialista, recuerdo los Tres Monos de la Sabiduría; no ver, no oír... ¿y qué es lo otro?

—Parece que es amigo de los chistes, señor Triolet.

—¿Qué me dice del mono?

—Tengo unas cuantas figuras con mono; chinas, Japonesas, indias, coreanas...

—¿Y muñecos representando monos? Ya sabe, esos que venden en los almacenes de juguetería o por la calle en las esquinas.

—¿Se encuentra bien, señor Triolet?

—Desde luego.

—Claro que no tengo esa clase de muñecos.

—Huguette me dijo otra cosa.

—¿Huguette?

—Huguette Fachan.

—No sé quién es.

—Ella me aseguró que usted me daría el mono.

—Me habla en jeroglífico, señor Triolet.

—Huguette está jugando un juego peligroso. Ese mono lleva consigo la destrucción.

—Oh, una leyenda oriental, me divierten mucho.

—No se trata de una leyenda, sino de algo muy real. Ese mono ha ocasionado la muerte de varias personas.

—Sí, ya sé. Todo aquel que lo tiene en su poder muere de muerte violenta...

—Si supiese que tiene usted el mono le retorcería el pescuezo, rojiza.

Ella levantó la barbilla.

—Sus maneras son las de un cualquiera, señor Triolet.

—Oh, sí, y usted es una mujer exquisita.

—Lo soy. Elijo mis clientes entre la mejor sociedad. Le ruego salga de mi casa.

Raymond sacó el papel en que Huguette había escrito el número del teléfono.

—¿No conoce a Huguette Fachan?

—Le he dicho que no.

—Ella tenía su número de teléfono.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Por qué me había de conocer necesariamente? ¿No ha pensado que quizá escribió mi número con la idea de telefonarme?

—¿Telefonó?

—No.

—Sandra, se lo repito, si tiene el mono de Huguette debe dármelo.

—Óigame quién es realmente usted.

—Raymond Duc, un policía.

—Ni siquiera es italiano, sino francés.

—Pero la policía italiana está colaborando conmigo.

—No tengo nada que decirle, señor Duc.

Ray dio una cabezada.

Nada había conseguido de aquella visita. En realidad, había tenido muy pocas esperanzas de que lo lograra. Sandra tenía razón; el hecho de que Huguette tuviera el número de la tienda de antigüedades no quería decir nada, pero había abrigado la esperanza de que el mono estuviera allí.

—Ya me voy, Sandra.

—Y no vuelva.

—Eso ya no se lo puedo prometer —contestó Ray, y salió de la oficina.

—Mi paciencia tiene un límite, Huguette —dijo Michel Huot.

—Ten un poco de calma. Hice lo que tú querías... Estrangulé a Marotti. La verdad es que se había convertido en un tipo pesado y el muy estúpido se creía ya con derecho a una parte de mi dinero.

Huguette fumaba un cigarrillo sentada en un sillón, las piernas cruzadas.

Detrás de ella, Sonia Gariévitch hacía ejercicios gimnásticos.

Michel Huot estaba en pie fumando uno de sus gruesos cigarros

frente a Huguette.

Se encontraban en un *bungalow*, a cuarenta kilómetros de Roma.

—Dime de una vez dónde está ese condenado mono —dijo Michel.

—No puedo decírtelo —repuso Huguette, bonita, de rostro picaresco.

—Muy bien, vete por él y vuelve.

—Tampoco puede hacer eso.

—¿Por qué no?

Huguette consultó el reloj.

—No lo tendré en mi poder hasta las doce de la noche.

—¿Cuál es el motivo?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

Huot la apuntó con el cigarro.

—Óyeme bien esto. El *Deuxième Bureau* sigue mis pasos. Logré burlarlos en Londres y estoy seguro de que han emprendido otra vez la carrera. Debiste cumplir tu palabra, yo traje el dinero; tú debías tener el mono...

—A propósito del mono, ¿sabes que se quedó calvo?

—¿Calvo? ¿Por qué? Ya entiendo; fue Henri L. Bernard, le peló la cabeza para reconocerlo.

—No, no fue así. Henri tuvo que rasgar la piel para esconder los documentos. Luego aplicó una goma para dejarlo como estaba y eso es lo que ha hecho caer el pelo al mono... ¿No resulta gracioso? Un mono calvo. En aquel momento sonó la campanilla del teléfono. Michel dio un respingo.

—¿Quién sabe que estamos aquí?

—¿Crees que soy tonta? Yo misma elegí este hotel. Recuérdalo, Huot, no me fío de ti.

Con una sonrisa, Huguette se acercó al teléfono.

—Huguette al habla —dijo.

—Huguette, soy yo, Sandra...

—Eres una gran chica por haber llamado a la hora que te dije. Todo marcha bien.

—Aquí no.

—¿Qué quieres decir?

—Vino un policía francés. Su nombre es Raymond Duc.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de quince minutos. Me habló de ti y del mono.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, ¿qué le iba a decir? Negué que lo tuviese, ni siquiera te conozco.

—Bien hecho. ¿Cómo reaccionó él?

—Parece que se conformó, pero ahora me doy cuenta que este asunto tiene más envergadura de lo que dijiste.

—¿Por qué lo crees?

—Murieron varias personas.

—Fueron muy descuidadas. Pero no te preocupes, Sandra, tú y yo estamos a salvo.

—No quiero tener un minuto más el mono en mi casa.

—Está bien, Sandra, lo arreglaré muy pronto.

—He dicho ni un minuto más.

—Sandra, será mejor que te contengas. El histerismo resulta feo en una mujer tan seductora como tú.

—¿Dónde quieres que te mande al mono?

—No hace falta que lo mandes a ninguna parte. Yo iré por él.

—¿Cuándo?

—Muy pronto —dijo Huguette, y colgó.

Huguette se sintió observada por Huot y Sonia, que había interrumpido sus ejercicios gimnásticos.

—¿Qué juego te traes entre manos, nena? —dijo Huot.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes. La persona que te acaba de llamar es la depositaria del mono calvo. ¿Por qué no le has dicho que lo trajese?

La joven sonrió.

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—Lo sabré ahora.

Huot se acercó a Huguette y le saltó una bofetada.

La joven lanzó un grito.

—¡Maldito! —dijo.

Huot la atrapó del cuello. Con la otra mano sostenía el cigarro que golpeó con el dedo índice, haciendo caer la ceniza.

—Te voy a quemar la cara... Sí, Huguette, te la voy a quemar si no me dices pronto cuál es tu juego... Te lo advertí antes. Estabas a punto de agotar mi paciencia... Y ya la agotaste.

Sandra había colgado el teléfono cuando oyó que Huguette

interrumpía la comunicación desde el otro extremo.

De pronto, vio una sombra junto a la puerta y alzó los ojos.

En el fondo de la habitación vio a aquel hombre, a Raymond Duc.

La joven se levantó bruscamente.

—Le dije que se marchase.

—Pero me quedé en el corredor porque sabía que llamarías a alguien. Fue el error que cometiste... Sandra estremeció las aletas de la nariz.

—¿Qué es lo que oyó?

—Todo. Hablaste con Huguette.

—No tengo nada que ver con su negocio.

—¿Dónde está ella?

—No lo sé, no me lo dijo... Sólo me dio el número de teléfono.

—Pero tienes el mono.

—Sí.

—Dámelo.

Me temo que no puedo hacer otra cosa.

—Eres una chica muy juiciosa.

Sandra apartó un cuadro de la pared.

Ante los ojos de Ray apareció una caja fuerte.

Sandra hizo la combinación en el dial y luego abrió con suave chasquido, metió la mano y sacó el mono, que entregó a Ray.

Duc observó el mono. Era exactamente igual a los otros que Henri L. Bernard había regalado a Claudia Roselli y a Martine Thaller.

Sacó una navaja y rasgó la piel. El serrín comenzó a caer sobre la mesa.

Ray profundizó con la navaja poniendo cuidado para no rasgar los documentos que debía contener el mono.

Pero llegó un momento en que sólo quedó la piel con algunos restos de serrín.

No, aquel mono tampoco guardaba los documentos.

Se quedó inmóvil sintiendo que también en su estómago se producía un vacío.

¿Había mentido Henri L. Bernard? ¿O Huguette se había ocupado de sacar los documentos del mono?

CAPÍTULO X

Huguette Fachan lanzó un aullido de dolor. Era la tercera vez que Michel le aplicaba en la piel la punta del cigarrillo. Hasta ahora le había respetado la cara. Sólo le quemó en los brazos y en la pantorrilla.

—Vamos, Huguette, dime dónde está el mono.

—¡Maldito!

—¿Es que quieres morir como Juana de Arco, abrasada? No, nena, tú no tienes madera de heroína... Sólo querías mi dinero, 50 000 dólares, recuérdalo.

Sonia Gariévitch continuaba haciendo sus ejercicios gimnásticos muy cerca del sillón donde estaba sentada Huguette.

—Michel —dijo tras hacer una flexión y tocarse la punta de los pies con la yema de los dedos—, ¿por qué no me la dejas a mí? Haré con ella un nudo especial.

—¡Le haces un nudo a tu tía! —gritó Huguette.

—Es una gata salvaje, ¿no lo ves? —sonrió Sonia.

—Nena —dijo Michel—, le llegó el turno a la cara.

La tenía atrapada por el cuello y le arrimó al cigarro encendido a la mejilla.

—¡No, Michel, no me hagas eso...!

—Te aseguro que vas a quedar muy fea, y eso sólo va a ser el comienzo. Cuando acabe contigo, no podrán hacer nada los de la cirugía plástica.

De pronto llegó una voz desde la puerta.

—Buenas noches. Espero no molestar.

Todos miraron hacia allí, observando al hombre que había entrado en la habitación.

Era de unos cuarenta años, rubio, ojos claros, mentón hendido.

—¿Quién es usted? —preguntó Michel.

—Me presentaré, señor Huot; soy Eric Stromberg.

—Ya entiendo. —Huot sonrió—. Bienvenido, señor Stromberg. Celebro conocerlo personalmente. Henri L. Bernard me dijo que usted y yo podríamos hacer un buen negocio... Pero mentiría si negase que me sorprende su presencia aquí. Lo acordado es que usted debería estar en Estocolmo.

—Puse todo mi interés en este asunto y con eso quiero decirle que dediqué muchos hombres a él.

—¿Para qué, señor Stromberg?

—Pensé que usted, señor Huot, podía fallar, y decidí vigilarlo.

—¿Vigilarme?

—Constantemente ha tenido un hombre tras de sus pasos. Le telefoneé dos veces a Londres y en las dos ocasiones usted demoró la entrega del *dossier*. Llegué a la conclusión de que algo irregular estaba ocurriendo.

—Henri Bernard me traicionó. No me entregó los documentos. ¿Sabe lo que hizo? Meterlos en un mono, pero ya estoy a punto de cazarlo.

—Sí, ya sé, y por ello decidí organizar mi propio safari.

Michel se echó a reír.

—Tiene usted un gran sentido del humor, señor Stromberg, pero no debió haberse molestado. Tendré pronto en mi poder los documentos, lo cual quiere decir que los podré pasar enseguida a sus manos.

—Señor Huot, debo apresurarme a darle una noticia: siempre he procurado prescindir de intermediarios.

Huot entornó los ojos.

—Explíquese.

—¿Necesita que se lo aclare?

—No, creo que no. Usted piensa que puede prescindir de mí, que puede hacer el negocio por sí solo...

—Correcto.

—Está usted loco si cree que me va a apartar del asunto. Soy yo quien ha pensado este negocio, señor Stromberg, Usted no tenía la menor idea del *dossier*, fui yo quien le puso al corriente...

—Y le agradezco mucho que me eligiese a mí como futuro comprador de los documentos. Pero no me gustó el precio que puso; 250 000

dólares.

Huguette dio un salto en el sillón.

—¡Condenado puerco...! Y querías comprármelos sólo por diez mil dólares y sólo llegaste a los cincuenta mil porque te los exigí.

—Calla, nena —repuso Michel—, si no quieres que te pasen cosas muy malas.

Stromberg sonrió.

—Lo mismo le digo a usted, Michel.

—Señor Stromberg, me recuerda usted una de esas películas de espionaje en que el traidor pretende quedarse con todo.

—Es lo que va a pasar aquí. Me quedo con todo. Incluida su rubia, la señorita Gariévitch.

Sonia enarcó las cejas.

—¿Por qué me incluye a mí en el lote, señor Stromberg?

—Tengo dos deportes favoritos, el remo y las rubias de tu tipo.

—Gracias, señor Stromberg —dijo Sonia, sonriendo.

Los ojos de Michel destellaron intensamente.

—Sonia, ¿ya te pasas a su bando?

—Mi mamá me aconsejó que si quería triunfar en la vida, debería enrolarme siempre en el equipo ganador.

—Aquí no va a haber otro bando ganador que el mío —repuso Michel.

Huot corrió la mano hacia la axila para sacar el revólver, pero Stromberg la tenía en el bolsillo y por eso la exhibió mucho antes que él.

El sueco no dijo nada y Michel comprendió que lo que quería Stromberg era que él sacase para meterle un par de balas en el cuerpo. Apartó la mano de la axila.

Pero entonces ocurrió lo inaudito.

La pistola del sueco tenía un silenciador y dejó escapar un suave estampido.

Michel recibió el impacto en el pecho y retrocedió tambaleándose.

—¡Pandilla de puercos...! Yo lo pensé todo... Lo organicé... Tengo derecho a los doscientos cincuenta mil dólares...

La pistola del sueco repitió aquel sonido.

Junto al agujero que Michel exhibía en el pecho apareció otro. Ya había llegado a la pared. Desorbitó los ojos y se vino abajo.

En la habitación se había hecho un profundo silencio.

Huguette miró a Stromberg con ojos parpadeantes.

—Gracias por haber venido a tiempo. Michel me habría quemado los ojos con su cigarro... Pero ¿qué estás esperando para matarla también a ella? Soy la única persona que sabe dónde están los documentos... Anda, mata a esa rubia, Eric... Me tendrás a mí y los papeles que te interesan y te aseguro que vas a ganar en el cambio. Esa rubia lo único que tiene es fachada... Yo soy para ti mucho mejor inversión que ella en todo los sentidos.

Stromberg sonrió.

—¿Qué dices tú, Sonia?

—Que tú eres un hombre que sabe elegir, como lo probaste al fijarte en mí.

—Sí, nena, tienes razón, aunque quizá Huguette acierte y lo tuyo sea sólo fachada...

—Ella es una celosa. Dice eso porque no me puede ver ni en pintura; pero existe una forma fácil de demostrar que te equivocas.

—Me someteré a esa experiencia, Sonia.

Huguette se puso en pie, los puños apretados contra el estómago.

—No consentiré que me aparten a un lado.

La sonrisa de Eric Stromberg se fue congelando como si lo hubiesen metido en un refrigerador.

—Tú vas a consentir muchas cosas, nena. Y yo te voy a decir cuál va a ser el comienzo. Nos vas a decir dónde están los documentos.

Huguette apretó los dientes y levantó la barbilla, retadora, a pesar de que Eric tenía una pistola en la mano.

—¿Crees que tengo miedo porque me estás apuntando con tu arma?

—Puedo disparar.

—Tú no puedes disparar porque si me matas, tu negocio quedará arruinado.

—Nena, quería decirte algo, Michel perdió mucho tiempo con su cigarro... Yo conozco procedimientos especiales para convencer a las personas tan tozudas como tú. Pero sería mejor que no los probases.

—No diré nada hasta estar segura de que yo también voy a tener

mi parte en el asado.

—Claro que sí, nena, tú tendrás tu dinero.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil dólares que trajo Huot. ¿Dónde están, Sonia?

—En la valija.

—Está bien, dáselos.

Sonia entró en el dormitorio y de pronto dio un grito.

El sueco preguntó:

—¿Qué pasa ahí?

—¡Un hombre...! ¡Me ha atrapado...! ¡Socorro, Eric!

La rubia salió forcejeando con un tipo robusto.

—Déjala, Willy —ordenó Eric.

Willy obedeció al instante, dejando libre a Sonia.

La rubia dio otro grito, aunque se había apartado ya dos metros de Willy. La razón se debía a que el empleado de Eric tenía más de gorila que de ser humano: las cejas eran espesas, los ojos bizcos, el hocico saliente, lo mismo que el mentón.

—¿Qué es esto? —dijo Sonia.

Eric se echó a reír.

—Willy, has dado un gran susto a la señorita.

—Déjame que le tronche el cuello, señor Stromberg.

—Sonia —dijo Eric—, no debes mirar a Willy con desprecio. Es una persona muy sensible.

—¿Estás seguro de que es un ser humano, Eric?

Willy levantó las manos y dio dos pasos hacia la joven, la cual retrocedió muy aprisa.

—Sonia —habló otra vez Eric—, si has de estar conmigo, debes tener cuidado en tratar a Willy. Es un muchacho que me es muy fiel. Hace cuanto yo le ordeno y no le gusta que le recuerden su fealdad... Si nota en tus ojos que te repele, puede hacer la mayor barbaridad contigo, desde troncharte el cuello, como ha dicho antes, a meterte a trozos en una máquina de picar carne.

Sonia inspiró profundamente.

—Willy, perdona, pero no sabía que eres un empleado del señor Stromberg.

Willy se quedó un momento perplejo y de pronto se echó a reír.

—Eh, jefe la chica es mi amiga.

—Claro que sí, Willy.

—Me gusta la chica, jefe... Es como aquella muñeca que me regaló, la que me compró en aquel almacén de juguetes... Decía papá y también lloraba...

—Has impresionado a Willy, Sonia.

La rubia hubiese contestado con un exabrupto mandando al infierno al feo Willy, pero recordaba las palabras de Eric y dijo:

—Quiero que seamos amigos, Willy.

—Sí, señorita, seré su amigo. Willy es muy feo, pero no hace daño a sus amigos.

Sonia se metió en el dormitorio y regresó con la maleta de Michel Huot.

—Willy —dijo Eric—, coge ese muerto que hay ahí y llévalo al cuarto de baño.

—¿Lo cuelgo del techo?

—Te he dicho que ya está muerto, no hace falta que te molestes en el decorado. Mételo en la bañera.

—Eso está bien —asintió Willy—. Debe estar frío. Abriré la llave del agua caliente.

—Sí, Willy, diviértete un rato.

—Gracias, jefe, pero yo me divertiría más con la chica, la rubia, ya sabe...

—No quiero que la toques, Willy, ya te compré a ti un juguete. Éste pertenece a tu jefe. Sólo yo tengo derecho a apretarla para que diga papá y mamá.

Willy se quedó con la boca abierta porque no entendió mucho a Eric, pero finalmente se puso en marcha. Atrapó por un tobillo a Michel y se lo llevó a rastras.

Cuando ambos desaparecieron en el cuarto de baño, Huguette dijo:

—Oye, Eric, ¿de dónde sacaste «eso»? ¿Quizá del museo de figuras de cera dónde están todos los criminales?

—Allí están muertos y yo lo saqué de un penal, dónde están vivos.

—Imagino que cuando va contigo por la calle, le pondrás una careta.

—Muy chistosa, nena, pero celebro que hayas conocido a Willy. Antes me referí a diversos procedimientos para hacerte hablar.

—Y uno de ellos es Willy.

—Sí, nena. Willy es el muchacho que yo utilizo para hacer hablar a las niñas bonitas como tú.

—Si ese engendro me pone la mano encima... —Se interrumpió porque en aquel momento salió Willy del cuarto de baño riendo.

—Jefe, es para morirse...

—¿Qué pasó?

—El muerto me pegó una palmada en el cogote...

—No quería tomar el baño, ¿eh?

—Bueno, fue sin querer, no se dio cuenta... Lo hizo mientras echaba el agua, de pronto flotó hacia arriba y levantó una mano. Creí que me iba a abrazar porque le había acertado la idea del baño.

Sonia lanzó un grito histérico.

—¿Qué clase de conversación están sosteniendo? Me pone los pelos de punta.

Willy la miró asombrado.

—Eh, jefe, ¿qué le pasa? ¿Por qué se pone así su juguete?

—Es muy delicada, Willy, y hay ciertos diálogos que no puede soportar...

—Ya entiendo, le asustan los muertos.

—Sí, Willy, debe ser eso...

—Entonces nunca le podré contar aquello que me pasó aquella vez en un cementerio de Estocolmo, cuando me fui al osario para regalarle a usted una calavera como pisapapeles...

—¡No continúes, Willy! —chilló Sonia.

—Caramba, jefe, la rubia se ha quedado como el yeso... Y eso que no le he contado la continuación, cuando...

—¡No! —gritó Sonia y corrió, metiéndose en el dormitorio.

Huguette rió con los brazos en jarras.

—Mira la clase de mujer que has elegido, Eric. Es una cobarde.

—Hace mucho tiempo que buscaba una cobarde y por fin la he encontrado. Y ahora ya basta de tonterías, Huguette. ¿Dónde están los documentos? Ya tienes lo que querías, la valija con cincuenta mil dólares.

—¿Puedo comprobar si está el dinero?

—Yo no lo he tocado.

—Tú no, pero lo ha podido tocar la rubia.

—Está bien, examina la valija, pero acaba pronto.

Huguette puso la maleta sobre el diván y la abrió. Estaba llena de fajos de billetes de a cien y de cincuenta.

—Sí, creo que aquí están los cincuenta mil. Pero yo quería sacar a Michel otros veinticinco mil. Por eso me demoraba en decirle dónde están los documentos.

—No intentes sacarme más o te echo a Willy.

Huguette miró a Willy, el cual a su vez la estaba observando, moviendo nerviosamente los dedos.

—Está bien, Eric, me conformaré con cincuenta mil dólares.

—Eso está mucho mejor.

Huguette había visto entre los fajos de billetes algo que le dio mucha alegría. Una pistola.

Michel la había puesto allí indudablemente para un caso de emergencia y era justo la situación en que se encontraba ella. Aquel sueco se creía muy listo porque tenía un gorila amaestrado, pero ella le iba a demostrar que la persona más lista que había bajo aquel techo era Huguette Fachan.

Dio un suspiro.

—He de contar los fajos. Terminaré enseguida.

—Te voy a conceder sólo un minuto. Luego te jure que no habrá más prórrogas —dijo el sueco.

—Está bien, Eric —asintió ella, y se puso a contar los billetes.

Vio aparecer la culata de la pistola al quitar uno de los fajos.

Pero estaba agachada y tuvo que levantarse para disparar sobre Eric.

El arma que empuñaba Eric volvió a producir el suave estampido.

Huguette recibió la herida en el hombro y ya no pudo disparar. Giró como una peonza y se derrumbó en la alfombra, perdiendo el arma.

Soltó un aullido de dolor y fue a revolverse para atrapar la pistola con la mano sana, pero Eric llegó antes que ella y pegó un puntapié al arma, enviándole, lejos.

Huguette se miró el hombro donde había recibido el impacto e hizo un gesto de dolor.

—Eric, necesito un doctor, me estoy muriendo...

—Sólo estás herida. Yo sé dónde coloco la bala... Es una lástima que intentases eso, aunque quizá no lo habrías hecho de haber

sabido que fui campeón de tiro en mi país hace unos años.

—¡Perro maldito...! Necesito un médico... Me estoy desangrando...

—Tendrás un doctor cuando me hayas dicho dónde están los documentos, sólo entonces.

—Si yo muero, nunca sabrás dónde está el *dossier*.

—Eso ya lo dijiste antes, nena —dijo Eric, y se sentó en un sillón—. ¿Quién crees que va a resistir más, tú callada o yo aquí viéndote morir?

El rostro de Huguette se estaba perlando de sudor.

—Eric...

—¿Sí, cariño?

—¿Me prometes que me llevarás a un hospital si te lo digo...?

—Claro que sí, nena. Te llevaré al hospital, y además viajarás con la maleta de los cincuenta mil dólares. Soy un hombre sensato y me gusta que todo el mundo gane dinero. Yo voy a conseguir con esto un cuarto de millón, quizá más, y esos cincuenta mil no salieron de mi bolsillo, sino del de Michel. No hay inconveniente por tanto en que te los quedes. ¿Ves qué hombre más sensato soy...?

Huguette sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Eric... Te lo diré... Cielos, veo una nube ante mis ojos, ¿no será que me estoy muriendo?

Eric apretó los maxilares. Sí, él sabía que Huguette Se estaba muriendo, pero no se lo diría o ella sería capaz de largarse al otro mundo sin haberle informado del escondite donde había guardado los documentos robados al Ministerio francés.

CAPÍTULO XI

—Están aquí —dijo Huguette.

Eric dio un salto en el sillón.

—¿Los papeles están en este apartamento?

—Sí.

—¿En qué lugar?

—En el mono.

—Pero ¿dónde está el mono?

—No te veo, Eric...

—No hace falta que me veas.

—¿Dónde estás, Eric? Me estoy muriendo...

—No te morirás... Te prometo que no... Dime dónde está el mono.

Huguette se echó a reír.

Eric se puso en pie y se acercó a la joven. Ésta dijo:

—Yo tengo un mono y tú tienes un gorila.

—Estás desvariando. —Eric se agachó sobre ella y la tomó por los brazos—. Huguette, vas a tener lo que deseabas... Con cincuenta mil dólares gozarás de la vida, nena... Irás a Cannes y te podrás comprar un bonito coche descapotable... Lucirás tu tipo en la playa... Serás admirada por los hombres... ¿Dónde está el mono?

—Eric, estás calvo.

—¡Maldita sea...! Tengo una abundante cabellera, ¿es que no lo ves? No he perdido un solo cabello en toda mi vida.

—Estás calvo y cada vez te pareces más a un mono.

—¿Dónde está ese muñeco? Dímelo, por lo que más quieras, Huguette...

De pronto, Huguette dio un grito y dobló la cabeza hacia atrás.

Eric la zarandéó.

—¡Huguette! ¡Contesta, Huguette...!

Le puso la mano en el corazón y sintió que por sus venas corría

sangre helada. Huguette había muerto.

La dejó caer en el suelo.

—Willy.

—Diga, jefe.

—El mono está aquí.

—Lo buscaremos, jefe.

—Sí, Willy, despanzurra los sillones, destroza el mobiliario y todo lo que pueda esconder a ese condenado mono... ¡Sonia, ven aquí!

Sonia salió del dormitorio.

—¿Qué pasa?

—Huguette murió sin decir dónde está el maldito mono. Sólo dijo que está en el apartamento... Vamos, hemos de ponernos a trabajar los tres enseguida... Sonia, si lo encuentras, cuenta con un abrigo de visón...

—Querido, ése es el mejor premio que me podías ofrecer.

Los tres iniciaron el trabajo.

Willy demostró enseguida que era el más rápido y el más bruto.

En quince minutos destripó los sillones y el diván.

—Nada, jefe —dijo.

—Sigue buscando —dijo Eric, que había sacado los libros de una estantería y luego convirtió la biblioteca en astillas por si había un rincón oculto en la pared.

Sonia se había encargado de uno de los dormitorios.

Willy se fue a la cocina y Eric se metió en el cuarto de baño.

Al cabo de un rato, Willy salió de la cocina con las manos a la espalda.

—Eh, jefe...

Eric y la rubia Sonia se dejaron ver. Willy tenía una sonrisa en los labios.

—¿Vio alguna vez un mono calvo, jefe? Resulta la mar de gracioso.

—¿Dónde está?

Willy sacó la mano de la espalda y exhibió un mono al que le faltaba el pelo de la cabeza.

Eric miró el muñeco como si estuviese contemplando a *Miss Universo*.

—Willy, cuenta con el abrigo de visón.

—Acéptalo, Willy —dijo Sonia—, y yo te lo pediré prestado.

Eric se precipitó sobre Willy, a quién arrancó de un manotazo el mono. Rasgó la piel del mono con el cuchillo que había utilizado hasta entonces en la búsqueda.

Hecha la abertura, introdujo por ella los dedos.

Comenzó a caer serrín en el suelo.

De pronto, sus dedos tocaron algo que no era serrín. Unos papeles.

Sus labios se estremecieron.

—Ya lo tengo, muchacho, ya lo tengo...

Sacó con cuidado los papeles para no estropearlos y luego dejó caer el mono en el suelo.

Consultó los papeles.

—¡Sonia, el *dossier* secreto! Nena, éste es el momento más grande de mi vida. Doscientos cincuenta mil dólares en efectivo... Puede que más...

Willy tomó el mono del suelo e introdujo la mano por el hueco que Eric había hecho con el cuchillo. Con eso consiguió mover las mandíbulas del mono.

—Eh, jefe, parece que está vivo.

—¿Dónde lo encontraste?

—En la carbonera.

—Está bien, Sonia, vámonos de aquí.

—Espera un momento, querido, sólo tengo que cambiarme.

—Tienes dos minutos.

—Me basta con treinta segundos.

—Si consigues ese récord, empezaré a creer que eres la mujer perfecta —contestó Eric de buen humor.

Sonia desapareció en la habitación.

En eso se abrió la puerta y Raymond Duc entró en la estancia seguido de su compañero Gilles Marchant.

Eric lanzó un rugido y sacó otra vez la pistola del bolsillo.

Raymond no se quedó a la zaga. Sólo su compañero Gilíes fue un poco tardío.

Se produjeron dos estampidos casi al mismo tiempo, uno fuerte y uno muy suave, pero el fuerte precedió al suave.

Eric cayó hacia atrás y volvió a apretar el gatillo.

Su primera bala había alcanzado en el brazo a Gilíes y la

segunda hizo un desconchado en el techo.

Sonia salió del dormitorio y soltó un grito al ver el cuadro.

—¿Cómo estás, rubia? —dijo Raymond.

Gilíes se estaba sujetando el brazo herido.

—¿Cómo va eso, Gilíes? —preguntó Duc.

—No tiene importancia, sólo es un rasguño.

Sonia se había quedado pálida.

Willy parpadeaba otra vez porque era muy tardo de comprensión.

—Han matado al jefe.

Acertaba, porque Eric había dejado escapar el último suspiro.

La rubia sacudió la cabeza pesarosamente.

—Estaba escrito que yo me quedaría sin abrigo de visón.

Entró otro hombre del Deuxième Bureau, Ronan Peillon, quien avanzó hacia el centro de la estancia y tomó los documentos que habían caído al suelo.

—Eh, Ray, ¿no es esto lo que buscábamos?

—Sí, Ronan, eso fue lo que provocó una cadena de muertes, pero creo que ya hubo bastantes... Gracias a la llamada de Huguette a la anticuaría...

Raymond Duc entró en la oficina de su jefe, el cual escondió un paquete que tenía entre las manos.

—¿Qué es eso, patrón?

—¿Le importa a usted, Ray?

—Bueno. —Ray vio algo en el suelo, unos granitos negros. Recogió dos y se las alargó a su jefe—. Se le cayeron estas semillas de lechuga, patrón.

La cara del viejo se puso roja. Tomó los dos granos y los metió en el cajón.

—Jefe, Monique pregunta si ha de cursar ese telegrama.

—¿Qué telegrama?

—El dirigido a ese pueblo de Provenza donde usted dice que le tienen que preparar la casa.

—No, no tiene que cursarlo, y ya basta de bromas. Pertenece al Deuxième Bureau, un lugar en el que se trabaja con seriedad...

—Sí, jefe.

El viejo emitió un gruñido y dijo sin mirar a Raymond Duc:

—El presidente ha recibido hoy el *dossier*. Aprobó todo lo que se

ha hecho hasta ahora y se ha mostrado satisfecho.

—¿Le contaron algo de lo ocurrido?

—Sí, el ministro dijo que intentaron robar los papeles.

—Intentaron, ¿eh?

—Preguntó quién lo había evitado y el ministro citó mi nombre.

El presidente me ha incluido en la Legión de Honor. Saldré en la próxima lista.

—Mi enhorabuena, jefe... Su arrojo...

—¡Silencio!

—Sí, señor.

—El Deuxième Bureau realiza una labor anónima y cuando uno es premiado, son premiados todos los que forman parte de él, de modo que cuando me reciba el presidente en el Elíseo, será como si los recibiese a todos ustedes.

—Desde luego, jefe. Felicitaciones. Ahora tengo que marcharme.

—¿Adónde va?

—Tengo una cita.

—Una mujer, ¿eh?

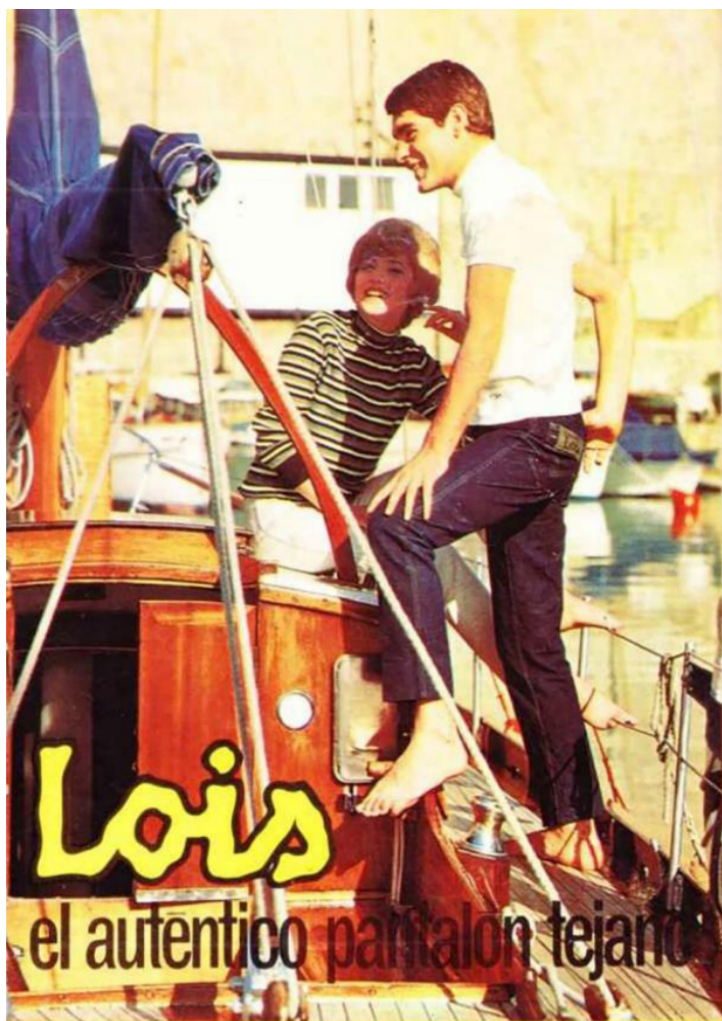
—Es la secretaria de Bruno Chomel, el agente teatral. Dije que yo y una jirafa hacíamos un número raro en un alambre y tiene mucha curiosidad por saber en qué consiste...

—Usted siempre saca tajada de los asuntos donde se mete... Me he preguntado muchas veces cuándo me tocará a mí una de esas chicas con las que se cita...:

—Bueno, jefe, usted no tiene que preocuparse por eso... Déjelo para mí. Ya sabe, el Deuxième Bureau realiza una labor anónima, y cuando uno es premiado, son premiados todos los que forman parte de él...

Ray echó a andar hacia la puerta y el viejo lo siguió con la mirada, la boca abierta.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

